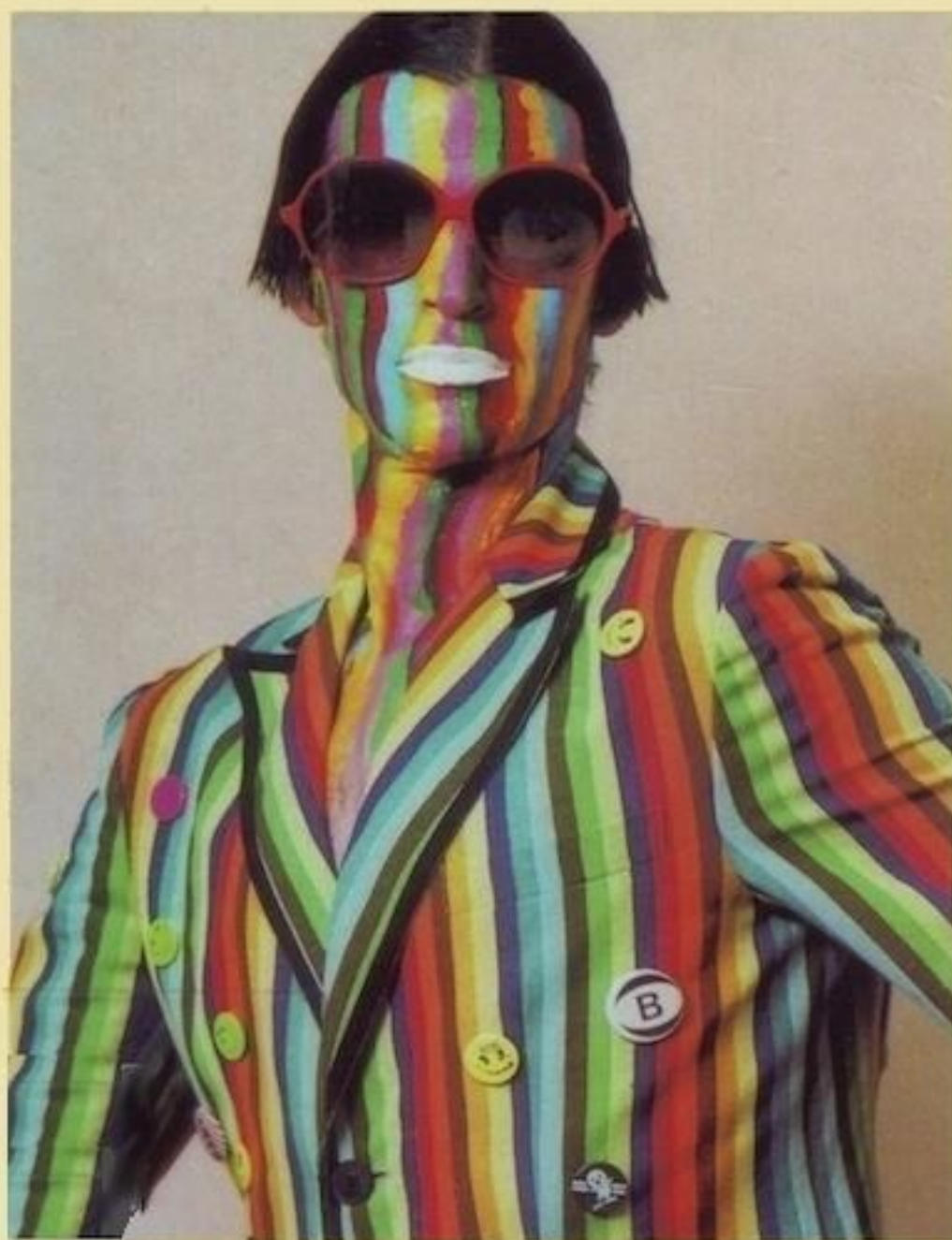


FRÉDÉRIC BEIGBEDER

*El amor
dura tres años*



Lectulandia

Una novela de inspiración autobiográfica de Frédéric Beigbeder, que relata la vida y las decepciones sentimentales de Marc Marronnier, cronista mundano.

Marc Marronnier relata desordenadamente sus vicisitudes amorosas y su visión del Amor. La tesis que plantea ya en el título aparece en diversas ocasiones a lo largo de la novela: el amor dura solamente tres años, luego en las relaciones de pareja se imponen el tedio y la monotonía. El narrador inicia el relato de sus aventuras con la ruptura con su esposa Anne, lo que le permite relatar toda su historia sentimental, y la aparición del amor adulterino con su amante Alice, incapaz de seguirle cuando se ve separado.

Beigbeder utiliza su habitual estilo satírico para criticar todo el mundo burgués de la sociedad parisina.

Lectulandia

Frédéric Beigbeder

El amor dura tres años

ePub r1.1

Sibelius 08.10.14

Título original: *L'amour dure trois ans*

Frédéric Beigbeder, 1997

Traducción: Sergi Pàmies

Editor digital: Sibelius

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

*A Christine de Chastaigner y Jean-Michel Beigbeder,
sin los cuales este libro nunca habría visto la luz. (Ni yo
tampoco.)*

Hablo con la autoridad del fracaso.

SCOTT FITZGERALD

¡Y qué! ¡Pues claro que sí! ¡No es tan complicado! Hay que decir las cosas como son. Uno ama y después deja de amar.

FRANÇOISE SAGAN

*(en el transcurso de una cena en su casa en 1966 con
Brigitte Bardot y Bernard Frank)*

I. Los vasos comunicantes

1. CON EL TIEMPO, UNO DEJA DE QUERER

El amor es un combate perdido de antemano.

Al principio, todo es hermoso, incluso tú. No das crédito a estar tan enamorado. Cada día trae consigo su liviana carga de milagros. Jamás nadie en el mundo había conocido tanta felicidad. La felicidad existe y es muy simple: consiste en un rostro. El universo sonríe. Durante un año, la vida no es más que una sucesión de soleadas mañanas, incluso cuando nieva por la tarde. Te dedicas a escribir libros sobre esta cuestión. Te casas, lo antes posible: ¿para qué reflexionar cuando uno es feliz? Reflexionar te entristece; la vida debe ganar la partida.

El segundo año, las cosas empiezan a cambiar. Te has vuelto más tierno. Te sientes orgulloso de la complicidad que se ha establecido en tu pareja. Comprendes a tu mujer con sólo medias palabras; qué felicidad conformar un todo. En la calle, confunden a tu mujer con tu hermana: eso te halaga pero te va desgastando. Hacéis el amor cada vez menos y consideráis que no es grave. Estáis convencidos de que el fin del mundo está muy lejos. Defendéis el matrimonio delante de vuestros amigos solteros, que ya no os reconocen. Tú mismo, sin ir más lejos, ¿estás realmente seguro de reconocerte cuando recitas la lección aprendida de memoria y resistes la tentación de fijarte en las señoritas ligeras de ropa que iluminan la calle?

El tercer año, ya no resistes la tentación de fijarte en las señoritas ligeras de ropa que iluminan la calle. Ya no hablas con tu mujer. Pasáis horas en el restaurante escuchando lo que cuentan en las mesas vecinas. Sales cada vez más: eso te proporciona la excusa para no tener que follar. Pronto llega el momento en que ya no puedes soportar a tu esposa ni un segundo más, ya que te has enamorado de otra. Sólo hay un punto en el que no te habías equivocado: efectivamente, la vida siempre tiene la última palabra. El tercer año trae consigo una noticia buena y otra noticia mala. La noticia buena: asqueada, tu mujer te abandona. La noticia mala: empiezas otro libro.

2. EL DIVORCIO FESTIVO

Para conducir borracho, basta apuntar bien entre los edificios. Marc Marronnier aprieta el acelerador, lo cual tiene como consecuencia un aumento de la velocidad de su scooter. Se inclina entre los coches. Le hacen señales con los faros, tocan el claxon cuando los roza, como en las bodas de los horteras. Ironía del destino: se da la circunstancia de que Marronnier está celebrando su divorcio. Esta noche inicia su juerga número 5 bis y no hay tiempo que perder: cinco paradas de una tacada (Castel-Buddha-Bus-Cabaret-Queen) ya resulta arduo, así que imaginad lo que representa la 5 bis que, como su nombre indica, consiste en repetir el mismo recorrido dos veces en una misma noche.

Suele salir solo. Los mundanos son seres solitarios perdidos en un mar de relaciones vagamente indefinidas. Alimentan su seguridad a base de apretones de manos. Cada nuevo beso es un trofeo. Viven el espejismo de creerse importantes saludando a gente famosa mientras que ellos no dan un palo al agua. Se las apañan para frecuentar exclusivamente lugares muy ruidosos para así no tener que hablar. Las fiestas le fueron concedidas al hombre para que pudiera esconder sus pensamientos. Pocas personas conocen a tanta gente como Marc, y, sin embargo, pocas están tan solas como él.

La de esta noche no es una fiesta cualquiera. ¡Es la fiesta de su divorcio! ¡Aleluya! Ha empezado comprando una botella en cada local. Y, por lo visto, también ha dado buena cuenta de ellas.

Marc Marronnier, eres el Rey de la Noche, todo el mundo te adora, allá donde vas los dueños de las discotecas te besan en la boca, no tienes que hacer cola como los demás, siempre te dan la mejor mesa, conoces a todo el mundo por su nombre de pila, te ríes con todos sus chistes (sobre todo con los menos graciosos), te invitan a droga, apareces en todas las fotos sin motivo alguno, ¡hay que ver el éxito social que has alcanzado con sólo algunos años como cronista de sociedad! ¡Un auténtico nabab! ¡«Mundanitor»! Pero, entonces, dime, cuéntame, ¿por qué demonios se largó tu mujer?

—Nos hemos separado de común desacuerdo —masculla Marc al entrar en el Bus. Y añade—: Me casé con Anne porque era un ángel, y ése ha sido precisamente el motivo de nuestro divorcio. Creí que estaba buscando el amor hasta el día en que me di cuenta de que lo único que deseaba era huir de él.

Una vez pasado el ángel, cambia de tema:

—Mierda —exclama—, aquí las tías están buenas, debería haberme lavado los dientes antes de venir. ¡Eps! Señorita, es usted hermosa como un corazón. ¿Me permite que la desnude, por favor?

Marc Marronnier es así: finge ser un degenerado bajo su trajecito de pana lisa

porque le da vergüenza mostrarse tierno. Acaba de cumplir treinta años: la edad espuria en la que uno es demasiado viejo para ser joven y demasiado joven para ser viejo. Para no decepcionar a nadie, hace todo lo posible por estar a la altura de su reputación. A base de querer aumentar las dimensiones de su press-book, se ha ido convirtiendo poco a poco en una caricatura de sí mismo. Le resulta agotador tener que demostrar que es amable y profundo, así que se les da de canalla superficial, adoptando ese comportamiento desordenado, incluso mortificante. Él se lo ha buscado: cuando está en la pista de baile y se pone a gritar: «¡Yupi, acabo de divorciarme!», nadie acude a consolarlo. Sólo los rayos láser atraviesan su corazón como si fueran espadas.

Luego llega esa hora en la que poner un pie delante del otro se convierte en una operación complicada. Regresa dando tumbos a su scooter. La noche es gélida. Circulando a toda pastilla, Marc siente cómo las lágrimas corren sobre sus mejillas. Debe de ser el viento. Sus párpados siguen siendo de mármol. Conduce sin casco. ¿La Dolce Vita? ¿Qué Dolce Vita? ¿Dónde está? Demasiados recuerdos, demasiadas cosas que olvidar, borrar todo eso constituye un duro trabajo, habrá que vivir muchos momentos hermosos para reemplazar los anteriores.

Se reúne con sus amigos en el Barón, en la avenida Marceau. El champán no lo regalan; las chicas, tampoco. Si quieres hacer el amor con dos chicas, por ejemplo, la broma te cuesta 6.000 machacantes, mientras que con una sola cuesta 3.000. Ni siquiera tienen tarifas de ofertas. Y hay que pagar a tocateja; Marc saca dinero del cajero automático con su tarjeta; ellas se lo llevan al hotel, se despelotan en el taxi, se la chupan a dúo, él les coge la cabeza; una vez en la habitación, se embadurnan con crema perfumada, él se folla a una que, a su vez, lame el cuerpo de la otra; al cabo de un rato, incapaz de correrse, finge el orgasmo y se mete en el cuarto de baño para, discretamente, tirar el condón vacío a la basura.

En el taxi de vuelta, de madrugada, escucha:

El alcohol tiene un gusto amargo
El día era ayer
Y la orquesta en un traje algo antiguo
Toca el vacío de mi vida
Desintegrada.
(Christophe, *Le Beau Bizarre*)

Decide que, de ahora en adelante, siempre se masturbará antes de salir para no caer en la tentación de acabar cometiendo cualquier disparate.

3. EN LA PLAYA, ABANDONADO

Hola a todos, aquí el autor. Bienvenidos a mi cerebro, perdonad mi intrusión. Se acabaron las trampas: he decidido ser mi protagonista. En general, nunca me ocurren cosas graves. Nadie se muere a mi alrededor. Nunca he puesto los pies en Sarajevo, por ejemplo. Mis dramas se urden en restaurantes, discotecas y apartamentos bien decorados. Lo más doloroso que me ha ocurrido en los últimos tiempos fue no ser invitado al desfile de John Galliano. Y, de repente, aquí me tenéis, muriéndome de pena. He conocido el periodo en que todos mis amigos bebían, luego aquel en que todos se drogaban, después la época en que se casaban, y ahora estoy en la fase en la que se separan antes de morir. Este fenómeno, sin embargo, se produce en lugares muy alegres, como esta Voile Rouge en la que me encuentro, una playa tropical donde hace un calor tremendo, eurodance de pie sobre la barra, para refrescar a las lumpen-petardas en bikini se las ducha con Cristal Roederer a cien papeles por botella antes de lamerles el ombligo. Estoy rodeado de risas forzadas. Siento deseos de ahogarme en el mar pero hay demasiadas motos acuáticas.

¿Cómo he podido permitir que las apariencias dicten mi vida hasta llegar a este punto? A menudo se dice que «hay que mantener las apariencias». Yo digo que hay que asesinarlas, es el único modo de salvarse.

4. EL SER MÁS TRISTE QUE JAMÁS HE CONOCIDO

En invierno, en París, hay lugares en los que hace más frío que en otros. Por más alcoholes de alta graduación que bebas, es como si una ventisca soplara hasta los rincones más recónditos de los bares. La era glaciaria ha llegado antes de tiempo. Incluso la gente produce escalofríos.

Hice lo que debía: nací en el seno de una familia bien, hice la primaria en el instituto Montaigne para luego ingresar en el instituto Louis-le-Grand, cursé mis estudios superiores en centros donde coincidí con personas inteligentes, las invité a bailar y algunas incluso llegaron a darme trabajo, me casé con la chica más guapa que conocía. ¿Por qué hace tanto frío aquí? ¿En qué momento me extravié de mi camino? Yo sólo aspiraba a complacerme; ser como se debe ser no me molestaba en absoluto. ¿Por qué no tengo derecho a ser así? ¿Por qué, en lugar del señuelo de la simple felicidad con el que me habían deslumbrado, sólo encontré unas complejas ruinas?

Estoy muerto. Cada mañana me despierto con un insoportable deseo de dormir. Visto de negro porque llevo luto por mí mismo. Llevo luto por el hombre que podría haber sido. Deambulo con paso firme por la calle des Beaux-Arts, la calle en la que murió Oscar Wilde, igual que yo. Voy a restaurantes para no probar bocado. A los maîtres les ofende que ni siquiera pruebe sus platos. Pero ¿conocéis a muchos muertos que acaben el plato fuerte chupándose los dedos? Todo lo que bebo, lo bebo en ayunas. Ventaja: la rapidez con que te emborrachas. Inconveniente: úlcera de estómago.

Ya no sonrío. No tengo las fuerzas suficientes para hacerlo. Estoy muerto y enterrado. No tendré hijos. Los muertos no se reproducen. Soy un muerto que estrecha la mano de la gente en los cafés. Soy un muerto más bien sociable, y muy friolero. Creo que soy la persona más triste que jamás he conocido.

En invierno, en París, cuando el termómetro llega a bajo cero, el ser humano necesita salones interiores iluminados por la noche. Allí, escondido entre el rebaño, puede finalmente ponerse a temblar.

5. FECHA LÍMITE DE CADUCIDAD

Uno puede ser alto, moreno y llorar. Para madurar, basta descubrir de repente que el amor dura tres años. Es el tipo de descubrimiento que no le deseo ni a mi peor enemigo: es una manera de hablar, ya que no tengo peor enemigo. Los esnobs no tienen enemigos, por eso hablan mal de todo el mundo: para intentar tenerlos.

Un mosquito vive un día, una rosa tres días. Un gato, trece años, el amor, tres. Así son las cosas. Primero hay un año de pasión, luego un año de ternura y, finalmente, un año de aburrimiento.

El primer año, uno dice: «Si me abandonas, me MATO.»

El segundo año, uno dice: «Si me abandonas, lo pasaré muy mal pero lo superaré.»

El tercer año, uno dice: «Si me abandonas, invito a champán.»

Nadie te avisa de que el amor dura tres años. El complot amoroso se basa en un secreto muy bien guardado. Te hacen creer que es para toda la vida cuando, químicamente, el amor desaparece al cabo de tres años. Lo leí en una revista femenina: el amor es un subidón efímero de dopamina, noradrenalina, prolactina, luliberina y oxitocina. Una pequeña molécula, la feniletilamina (PEA), provoca sensaciones de alegría, exaltación y euforia. El flechazo es la suma de neuronas del sistema límbico saturadas de PEA. La ternura, un montón de endorfinas (el opio de la pareja). La sociedad miente: te vende el gran amor cuando está científicamente comprobado que, al cabo de tres años, estas hormonas dejan de estar activas.

En realidad, las estadísticas hablan por sí solas: una pasión dura una media de 317,5 días (me pregunto qué diablos ocurre durante la última media jornada...) y, en París, dos parejas casadas de cada tres se divorcian en los tres años que siguen a la ceremonia. En los anuarios demográficos de las Naciones Unidas, especialistas en técnicas de empadronamiento plantean preguntas sobre el divorcio desde 1947 a los habitantes de 62 países. La mayoría de los divorcios se producen durante el cuarto año de matrimonio (lo que significa que los trámites se han iniciado a finales del tercer año). «En Finlandia, en Rusia, en Egipto, en Sudáfrica, los centenares de miles de hombres y mujeres estudiados por la ONU, que hablan idiomas distintos, visten de modo diferente, manipulan monedas, entonan oraciones, temen a demonios diferentes, albergan una infinita variedad de esperanzas y de sueños..., protagonizan el punto álgido de divorcios justo después de tres años de vida en común.» Esta obviedad sólo es una humillación añadida.

¡Tres años! Las estadísticas, la bioquímica, mi caso personal: la duración del amor siempre es idéntica. Inquietante coincidencia. ¿Por qué tres años y no dos, o cuatro, o seiscientos? En mi opinión, esto confirma la existencia de estas tres etapas que solían distinguir Stendhal, Barthes y Barbara Cartland: Pasión-Ternura-Tedio, un

ciclo de tres niveles que duran un año cada uno, un triángulo tan sagrado como la Santísima Trinidad.

El primer año, se compran muebles.

El segundo año, se cambian los muebles de sitio.

El tercer año, se reparten los muebles.

La canción de Leo Ferré lo resumía todo: «Con el tiempo, uno deja de querer.» ¿Quién eres tú para atreverte a medirte con glándulas y neurotransmisores que te dejan tirado en la fecha prevista? Como máximo, podría discutirse el lirismo del poeta, pero contra las ciencias naturales y la demografía la derrota está asegurada.

6. EN LAS ÚLTIMAS

Regresé a casa en un estado lamentable. ¡Maldita sea, pero qué miseria acabar en este estado a mi edad! A los dieciocho años, el culto a la borrachera todavía se puede aguantar; a los treinta, resulta patético. Pillé medio éxtasis para poder morrear a desconocidas. Sin eso, habría sido demasiado tímido para intentarlo. El número de chicas a las que nunca he besado por miedo a llevarme un chasco es incalculable. Mi encanto se basa en que ignoro si tengo encanto. En el Queen, las dos hermosas rubias borrachas que metían sus respectivas lenguas en mis orejas, creando un efecto de cloqueo estereofónico, me preguntaron:

—¿En tu casa o en la nuestra?

Después de haberles pegado un morreo colectivo a las dos (y mordisqueado sus cuatro pechos), respondí con orgullo:

—Vosotras a la vuestra y yo a la mía. No tengo condones, y además esta noche estoy celebrando mi divorcio, tendría demasiado miedo de que no se me empinara.

Al final del scooter, encontré mi desértico apartamento. El puño de la angustia me golpeó en el estómago: bajón de éxtasis. No lo necesito: ¿de qué sirve pasarse toda la noche huyendo de ti mismo si, al final, consigues darte alcance en tu propio domicilio? En los bolsillos de mi abrigo, recuperé unos restos de cocaína en una papelina. Incluso esnifé el papel. Esto amortiguará el spleen. Me queda polvillo blanco en la punta de la nariz. Ahora ya no tengo sueño. Ha amanecido, Francia se dispone a iniciar una nueva jornada de trabajo. Y, mientras tanto, un adolescente retrasado no se moverá durante horas. Demasiado colgado para dormir, leer o escribir, me quedaré mirando fijamente el techo apretando los dientes. Con este rostro colorado y esta napia blanquecina, observo en este espejo la imagen de un payaso en negativo.

Hoy no iré a trabajar. Orgullosa de haber rechazado una orgía bisexual el día de mi divorcio. Harto de esas chicas con las que te acuestas y junto a las que odias despertar.

Salvo un cazo con la leche rebosando, no existen demasiadas cosas más siniestras que yo.

7. RECETA PARA MEJORAR

Repetir a menudo estas tres frases:

- 1) LA FELICIDAD NO EXISTE.
- 2) EL AMOR ES IMPOSIBLE.
- 3) NADA ES GRAVE.

En serio, puede parecer una estupidez, pero esta receta quizás me haya salvado la vida cuando estaba tocando fondo. Probadla en vuestra próxima depresión. Os la recomiendo.

Asimismo, aquí tenéis una lista de canciones tristes para superar el bache: *April come she will* de Simon & Garfunkel (20 veces), *Trouble* de Cat Stevens (10 veces), *Something in the way she moves* de James Taylor (10 veces), *Et si tu n'existais pas* de Joe Dassin (5 veces), *Sixty years on* seguida de *Border Song* de Elton John (40 veces), *Every body hurts* de REM (5 veces), *Quelques mots d'amour* de Michel Berger (40 veces pero no presumáis demasiado de ello), *Memory Motel* de los Rolling Stones (8 veces y media), *Living without you* de Randy Newman (100 veces), *Caroline No* de los Beach Boys (600 veces), *La sonata a Kreutzer* de Ludwig van Beethoven (6.000 veces). Una buena idea para un disco recopilatorio: ya tengo el eslogan.

«El megamix depresivo,
una selección para verlo todo negro.»

8. PARA LOS QUE SE HAN PERDIDO EL PRINCIPIO

A los treinta años, sigo siendo incapaz de mirar a los ojos a una chica hermosa sin ruborizarme. Ser tan emotivo resulta angustioso. Demasiado hastiado para enamorarme de verdad, y, no obstante, demasiado sensible para permanecer indiferente. En definitiva, demasiado débil para estar casado. Pero ¿qué mosca me ha picado? Por supuesto, siento la intensa tentación de remitiros a los dos volúmenes anteriores, pero eso no sería demasiado noble, ya que ambas obras maestras del romanticismo fueron guillotinas poco tiempo después de ser premiadas con un éxito de prestigio.

Así que resumamos los episodios anteriores: yo era un vividor impenitente, un producto típico de nuestra sociedad de lujo inútil. Nacido el 21 de septiembre de 1965, veinte años después de Auschwitz, el primer día de otoño. Llegué al mundo el día en que las hojas de los árboles empiezan a caer, el día en que los días empiezan a hacerse más cortos. De ahí, quizás, un temperamento desencantado. Me ganaba la vida poniendo una palabra detrás de otra, en periódicos o en agencias de publicidad —estas últimas tienen la ventaja de pagar más por menos palabras—. Conseguí abrirme paso organizando fiestas en París en un momento en el que en París ya no se celebraban fiestas. Esto no tiene nada que ver con las palabras, y, no obstante, así fue como me hice un nombre, probablemente porque, en nuestra época, a los que viven de poner una palabra detrás de otra se les da menos importancia que a los que salen en las fotos de los actos noctámbulos de algunas revistas.

Sorprendí a los que se interesaban por mi biografía cuando me casé por amor. Un día, en una mirada azul, creí entrever la eternidad. Yo, que me pasaba la vida corriendo de fiesta en fiesta y de oficio en oficio para no tener tiempo de deprimirme, me imaginé feliz a mí mismo.

Anne, mi mujer, era un ser irreal, de una luminosa belleza, casi imposible. Demasiado hermosa para ser feliz, pero eso lo supe cuando ya era demasiado tarde. Me pasaba horas mirándola. A veces ella se daba cuenta y me lo reprochaba: «Deja ya de mirarme», exclamaba, «me molestas.» Pero observarla vivir se había convertido en mi espectáculo favorito. En general, a los chicos como yo, que se consideraban feos cuando eran niños, les parece tan increíble el hecho de seducir a una chica guapa que las piden en matrimonio con cierta premura.

Lo que sucede después no es muy original: para no entrar en detalles, digamos que nos fuimos a vivir juntos a un apartamento demasiado pequeño para un amor tan grande. A causa de eso, salíamos demasiado a menudo de nuestra casa, y nos vimos arrastrados por un remolino bastante corrompido. La gente decía de nosotros:

—Estos dos salen mucho.

—Sí, pobrecitos... ¡Qué mal les debe de ir!

Y no estaban del todo equivocados, aunque estuvieran encantados de, por una vez, contar con una hermosa mujer en sus desangeladas veladas.

La vida funciona de tal manera que, justo cuando empiezas a ser un poquitín feliz, te llama al orden.

Nos fuimos infieles por turnos.

Nos separamos igual que nos habíamos casado: sin saber por qué.

El matrimonio es una gigantesca maquinación, una estafa infernal, una mentira organizada en la que naufragamos como dos niños. ¿Por qué? ¿Cómo? Muy sencillo. Un joven pide la mano de la mujer a la que ama. Está muerto de miedo, resulta entrañable, se ruboriza, suda, tartamudea y a ella le brillan los ojos, ríe nerviosamente y le hace repetir lo que acaba de proponerle. De repente, justo después de que ella haya respondido que sí, una interminable lista de obligaciones caerá sobre sus espaldas, cenas y comidas familiares, distribución de mesas, ensayos de vestuario, broncas, prohibido tirarse pedos o eructar delante de los suegros, ponte derecho, sonreíd, sonreíd, es una pesadilla sin fin y sólo es el principio: después, ya lo veréis, todo está organizado para que acaben odiándose.

9. LLUVIA SOBRE COPACABANA

Los cuentos de hadas sólo existen en los cuentos de hadas. La verdad resulta más decepcionante. La verdad siempre es decepcionante, ésa es la razón por la cual todo el mundo miente.

La verdad es la fotografía de otra mujer hallada por descuido en mi bolsa de viaje, en Río de Janeiro (Brasil), la Nochevieja. La verdad es que el amor empieza en agua de rosas y acaba en agua de borrajas. Anne buscaba su cepillo para el pelo y se le pusieron los pelos de punta por culpa de la Polaroid de una mujer a juego con algunas cartas de amor que no había escrito ella.

En el aeropuerto de Río, Anne me abandonó. Quería regresar a París sin mí. Yo no estaba en situación de llevarle la contraria. Ella lloraba, sorprendida. El espanto de quien acaba de perderlo todo en veinte segundos. Era una chiquilla adorable que, de golpe, descubría que la vida es terrible y que su matrimonio se venía abajo. Ya no veía nada, ya no había aeropuerto, ni cola, ni panel de información de vuelos, todo había desaparecido, todo menos yo, su verdugo. ¡Cómo me arrepiento ahora de no haberla abrazado! Pero me incomodaba que sus lágrimas siguieran derramándose, y todo el mundo me estaba mirando. Siempre resulta bastante embarazoso quedar como un cabrón en público.

En lugar de pedirle perdón, le dije: «Vete, perderás el avión.» No dije nada para salvarla. Hoy, sólo con recordarlo, mi barbilla todavía se pone a temblar. Ella tenía una mirada suplicante, triste, empañada, odiosa, apaleada, inquieta, decepcionada, inocente, orgullosa, despreciativa, que sin embargo seguía siendo azul. Nunca la olvidaré: aquella mirada estaba descubriendo el dolor. Tendré que aprender a vivir con esa mierda sobre las espaldas. Nos apiadamos de los que sufren, pero no de los que dañan a los demás. Apáñate, que ya eres mayorcito, viejo. Eres el tío que no cumplió sus promesas. Recuerda el final de *Adolphe*: «En la vida, la gran cuestión es el dolor que causamos, y la más ingeniosa metafísica no justifica al hombre que ha desgarrado el corazón que lo amaba.»

Luego, anduve solo por Copacabana, con el corazón roto, bebí, abandonado como nunca nadie lo fue, veinte caipiriñas, sintiéndome como un montón de mierda, injusto y monstruoso. Iba a convertirme en una especie de gélida piedra. Por primera vez desde hacía decenios, llovía la noche de fin de año en Río. Castigo divino. Arrodillado sobre la arena, entre los ensordecedores tambores de la samba, yo también empecé a llover.

Hay noches en las que dormir sería un lujo. Dormir para poder despertar de esa pesadilla. A uno le gustaría que todo eso no hubiera ocurrido. A uno le gustaría pulsar la tecla «Suprimir» sobre su vida. Ya que, cuando uno hace sufrir a otra persona, el más perjudicado es uno mismo.

Sí, es cierto, recuerdo perfectamente la noche en la que dejé de dormir. Un millón de brasileños vestidos de blanco, bajo la lluvia, en la playa. Gigantescos fuegos artificiales frente a Le Méridien. Había que lanzar flores blancas en las olas y pedir un deseo que las divinidades concederían durante el año. Lancé un ramo sobre las olas deseando con todas mis fuerzas que todo se resolviera. Ignoro qué ocurrió: mis flores debían de ser feas, o los dioses debían de estar ausentes. En todo caso, mis deseos nunca se cumplieron.

10. PALACIO DE JUSTICIA DE PARÍS

El divorcio nunca es fácil. ¿En qué clase de basura nos hemos convertido para creer que se trata de un acto sin gravedad? Anne creyó en mí. Me confió su vida ante Dios (y, más impresionante todavía, ante la República Francesa). Firmé un pacto según el cual le prometía cuidar siempre de ella y educar a nuestros hijos. La estafé. Fue ella quien pidió el divorcio: en justa compensación, ya que fui yo quien la había pedido en matrimonio. No tendremos hijos y mejor para ellos. Soy un traidor y un cobarde, lo cual, sumado, hubiera sido demasiado para un padre de familia. Me declaro culpable, para dejar de sentirme culpable.

¿Por qué nunca hay nadie en los divorcios? El día de mi boda, estuve rodeado de todos mis amigos. Pero el día de mi divorcio estoy increíblemente solo. Ningún testigo, ninguna dama de honor, nada de familia, ni amigos borrachos para darme palmaditas en la espalda. Ni flores, ni coronas. Me habría gustado que me lanzaran algo, a falta de arroz, no sé, tomates podridos, por ejemplo. A la salida del Palacio de Justicia, este tipo de proyectil suele ser moneda corriente. ¿Dónde están todos aquellos conocidos que el día de mi boda se atiborraban de pastas y que hoy me boicotean, cuando debería ser precisamente al revés: uno siempre debería casarse solo y divorciarse con el apoyo de todos sus amigos?

Parece ser que algunos pastores anglicanos organizan ceremonias religiosas de divorcio amistoso, con bendición de los separados y solemne devolución de las alianzas al oficiante. «Padre, le devuelvo este anillo como signo de que mi matrimonio ha terminado.» Me parece que el asunto mola. El Papa debería estudiar la cuestión, eso contribuiría a que la gente volviera a las iglesias, y la reventa de alianzas recaudaría más fondos que el cepillo, ¿no? Una idea digna de estudio, pensé mientras el juez del divorcio intenta la reconciliación. Nos pregunta, a Anne y a mí, si estamos seguros de desear divorciarnos. Se dirige a nosotros como si fuéramos niños de cuatro años. Tengo ganas de contestarle que no, que hemos venido aquí a jugar un partidito de tenis. Y luego reflexiono, y me doy cuenta de que nos ha calado enseguida: tiene razón, somos niños de cuatro años.

El divorcio es una pérdida de la virginidad mental. A falta de esa «buena guerra» que nos mereceríamos, este tipo de desastres (como perder a tu madre o a tu padre, quedar paralítico a causa de un accidente de tráfico, perder tu casa por culpa de un despido abusivo) son los únicos acontecimientos que nos enseñan a convertirnos en hombres.

... ¿Y si el adulterio me hubiera convertido en adulto?

Fingimos ser indiferentes al divorcio, pero pronto llega el terrible momento en que comprendemos haber pasado de «La bella durmiente» a «No envejeceremos juntos». Adiós, encantadores recuerdos, hay que renunciar a los apodos adorables por

los que nos llamábamos, quemar las fotografías de la luna de miel, apagar la radio cuando suena una canción que tarareábamos juntos. Algunas frases te sacan de tus casillas: «¿Qué me pongo?» «¿Qué hacemos esta noche?», porque te traen malos recuerdos. Inexplicablemente, te pones a llorar cada vez que asistes a un reencuentro en un aeropuerto. E incluso el Cantar de los Cantares se convierte en una tortura: «Gracias son tus mejillas, entre los zarcillos, y tu cuello entre los collares... Me robaste el corazón, hermana mía, novia, me robaste el corazón con una mirada tuya, con una vuelta de tu collar.»

Las únicas veces que, de ahora en adelante, coincidiréis, será en presencia de una sonriente abogada que, para más inri, tendrá el mal gusto de estar embarazada hasta las cejas. Nos daremos un beso en la mejilla como viejos amigos. Iremos a tomar un café juntos como si el mundo no acabara de venirse abajo. A nuestro alrededor, la gente seguirá viviendo. Charlaremos en un tono jocoso, y cuando nos despedamos como si nada, será para siempre. «Hasta la próxima» será la última mentira.

11. EL HOMBRE DE TREINTA AÑOS

En el medio en que vivo, no te haces ninguna pregunta antes de los treinta años, y cuando los cumples, ya es demasiado tarde para responderla, por supuesto.

La cosa funciona así: tienes veinte años, te diviertes un poco y, cuando te despiertas, ya tienes treinta. Se acabó: tu edad no empezará nunca más con el dígito 2. Debes resignarte a tener diez años más que hace diez años y diez kilos más que el año pasado. ¿Cuántos años te quedan? ¿Diez? ¿Veinte? ¿Treinta? La esperanza de vida media todavía te concede cuarenta y dos si eres hombre, cincuenta si eres mujer. Pero no tiene en cuenta las enfermedades, la caída del cabello, la chochez, las manchas en las manos. Nadie se plantea estas preguntas: ¿Hemos aprovechado la vida lo suficiente? ¿Deberíamos haber vivido de un modo distinto? ¿Estamos con la persona adecuada, en el lugar adecuado? ¿Qué nos ofrece este mundo? Desde el nacimiento hasta la muerte, conectamos nuestra existencia a un piloto automático, y hace falta una valentía sobrehumana para cambiar de rumbo.

A los veinte años, creía saberlo todo de la vida. A los treinta, me di cuenta de que no sabía nada. Acababa de dedicar diez años a aprender todo lo que, a partir de entonces, debería desaprender.

Todo era demasiado perfecto. Hay que desconfiar de los matrimonios ideales: les gusta demasiado ser guapos; se esfuerzan por sonreír, como si estuvieran promocionando una película nueva en el Festival de Cannes. Lo malo del matrimonio por amor es que arranca demasiado alto. Lo único sorprendente que le puede ocurrir a un matrimonio por amor es un cataclismo. ¿Qué, si no? La vida se acabó. Ya estábamos en el Paraíso antes de haber vivido. Uno tendrá que quedarse hasta la muerte en la misma película perfecta, con el mismo reparto impecable. Es insoportable. Cuando uno lo tiene todo demasiado pronto, acaba deseando un desastre que lo libere. Una catástrofe para sentirse aliviado.

Tardé mucho tiempo en admitir que me había casado sólo por los demás, que el matrimonio no es algo que hagas por ti mismo. Uno se casa para poner nervioso a los amigos o para hacer feliz a sus padres, a veces por ambas cosas, a veces a la inversa. En nuestros días, nueve de cada diez bodas pijas y convencionales sólo son trámites obligatorios, ceremonias mundanas en las que unos padres tensos cursan invitaciones. A veces, en algunos casos gravemente patológicos, la familia política comprueba que su futuro yerno figure en el listín de buenas familias, sopesa el anillo de compromiso para verificar el número de quilates y se desvive por conseguir un reportaje en la revista *¡Hola!* de turno. Pero éstos, la verdad, son casos extremos.

Uno se casa exactamente igual que pasa el bachillerato o se saca el permiso de conducir: siempre procura adaptarse al mismo molde para ser normal, normal, NORMAL a cualquier precio. Al no poder estar por encima del resto del mundo,

deseamos ser igual que todo el mundo por miedo a quedar por debajo. Y ésa es la mejor manera de arruinar un amor verdadero.

De hecho, el matrimonio no sólo es un modelo impuesto por la educación burguesa: también es objeto de un colosal lavado de cerebro publicitario, cinematográfico, periodístico e incluso literario, una inmensa intoxicación que acaba llevando a hermosas señoritas a desear llevar un anillo o un vestido blanco cuando, sin semejante despliegue, nunca se les habría ocurrido pensar en ello. El Gran Amor, eso sí, con sus luces y sus sombras, por supuesto que se les habría ocurrido imaginárselo, si no, ¿para qué vivir? Pero el Matrimonio, La Institución Que Convierte El Amor En Una Lata, «la cruz del amor a perpetuidad y del apareamiento de por vida» (Maupassant): nunca. En un mundo perfecto, las chicas de veinte años jamás se sentirían atraídas por un invento tan artificial. Soñarían con la sinceridad, la pasión, lo absoluto, no con un tío enfundado en un frac de alquiler. Desearían al Hombre que sabría sorprenderlas cada día creado por Dios, no al hombre que les va ofrecer unas estanterías de Ikea. Dejarían que la Naturaleza —es decir, el deseo— siguiera su curso. Por desgracia, sus frustradas mamás desean que pasen por una desgracia idéntica a la suya, y, por lo que respecta a ellas, también han visto demasiadas teleseries. Así que esperan al Príncipe Azul, ese concepto publicitario para retrasados, fábrica de frustrados, de futuras viejas chicas, de amargadas, mientras que un solo hombre imperfecto podría haberlas hecho felices.

Por supuesto, los burgueses os jurarán que estos esquemas están en desuso, que las costumbres han cambiado, pero haced caso a esta indignada víctima: jamás la opresión fue tan violenta como en nuestra época de falsa libertad. El totalitarismo conyugal sigue vigente cada día, perpetuando la infelicidad de generación en generación. Nos imponen esta patraña en función de principios artificiales y caducos, con el objetivo inconfesado de reproducir, ahora y siempre, una herencia de dolor y de hipocresía. Destrozar las vidas sigue siendo el deporte favorito de las viejas familias francesas, y son expertas en la materia. Están entrenadas. Sí, todavía hoy podemos escribir: familias, os odio.

Os odio tanto más por cuanto tardé demasiado en rebelarme. En el fondo de mí mismo, estaba la mar de satisfecho. Era un cateto medieval, descendiente de hidalgueros bearneses, orgulloso como un pavo real de casarme con Anne, la aristogata de porcelana. Fui imprudente, fatuo, ingenuo y estúpido. Lo he pagado con creces y al contado. Me merezco la debacle que estoy viviendo. Estaba como todo el mundo, como tú, lector, convencido de ser la excepción que confirma la regla. Por supuesto, la infelicidad no iba a afectarme, conseguiría esquivarla. El fracaso es algo que sólo les ocurre a los demás. Un día, el amor se marchó y me desperté de un sobresalto. Hasta entonces, me había esforzado en interpretar el papel de marido satisfecho. Pero llevaba demasiado tiempo engañándome a mí mismo para, un día,

empezar a engañar a otra persona.

12. LAS ILUSIONES PERDIDAS

Nuestra generación es demasiado superficial para el matrimonio. Casarnos es como ir al McDonald's. Luego, hacemos zapping. ¿Cómo íbamos a permanecer toda la vida con la misma persona en la sociedad del zapping generalizado? ¿En una época en que las estrellas, los políticos, las artes, los sexos, las religiones son intercambiables como nunca lo habían sido? ¿Por qué el sentimiento amoroso iba a ser la excepción a esta generalizada esquizofrenia?

Y, en primer lugar, ¿de dónde nos viene esta curiosa obsesión: empeñarse a cualquier precio en ser feliz con una sola persona? De 558 tipos de sociedades humanas, sólo el 24% son monógamas. La mayoría de las especies animales son polígamas. En cuanto a los extraterrestres, ya no digamos: hace tiempo que el Mapa Galáctico X23 ha prohibido la monogamia en todos los planetas del tipo B#871.

El matrimonio es caviar en todas las comidas: una indigestión de lo que adoráis hasta provocaros náuseas. «Venga, toma un poco más, ¿verdad que sí? ¿No? ¿No quieres más? Pero si hasta hace poco te encantaba, ¿qué te ocurre? No seas malo, ¡venga!»

La potencia del amor, su increíble poder, debía de aterrorizar a la sociedad occidental para que haya acabado creando este sistema destinado a que aborrezcas aquello que amas.

Un investigador americano acaba de demostrar que la infidelidad es biológica. Según este prestigioso sabio, la infidelidad es una *estrategia genética para favorecer la supervivencia de la especie*. Imaginad la escena doméstica: «Amor mío, no te he engañado por placer: era para asegurar la supervivencia de la especie, ¡figúrate! Quizás a ti te importe un bledo, ¡pero alguien tiene que preocuparse de la supervivencia de la especie! ¡Si crees que me resulta divertido!...»

Yo nunca tengo suficiente: cuando una chica me gusta, quiero enamorarme de ella; cuando me enamoro, quiero besarla; una vez que la he besado, quiero acostarme con ella; cuando me he acostado con ella, quiero vivir con ella en un apartamento; cuando vivo con ella en un apartamento, quiero casarme con ella; cuando me he casado con ella, conozco a otra chica que me gusta. El hombre es un animal insatisfecho que se debate entre varias frustraciones. Si las mujeres quisieran actuar con putería, se negarían a estar con ellos para que les fueran detrás toda la vida.

Lo único importante en el amor es: ¿a partir de cuándo empiezas a mentir? ¿Sigues estando igual de contento al regresar a casa para reencontrarte con la misma persona que te está esperando? Cuando le dices «Te quiero», ¿lo piensas de verdad? Llegará —fatídico— el momento en que tendrás que esforzarte. En que tus «te quiero» ya no tendrán el mismo sabor. A mí, la voz de alarma me pilló en la fase de afeitado. Me afeitaba todas las noches para no pinchar a Anne al besarla por la noche.

Y, una noche —ella ya estaba durmiendo (había salido sin ella hasta el amanecer, el típico comportamiento lamentable que uno se permite con la excusa del matrimonio) —, no me afeité. Pensé que no era grave, ya que ella no iba a darse cuenta. En cambio, aquello significaba simplemente que ya no la quería.

Cuando uno se divorcia siempre compra *La separación* de Dan Franck. La primera escena es conmovedora: durante una obra de teatro, el hombre se da cuenta de que su mujer ya no le quiere porque retira su mano de la suya. El intenta cogerla de nuevo pero ella vuelve a apartarla. Yo pensaba: ¡Menuda furcia! ¿Por qué tanta crueldad? Al fin y al cabo, tampoco le costaba tanto dejar su mano en la de su marido, ¡joder! Hasta el día en que me ocurrió lo mismo. Empecé a rechazar la mano de Anne a todas horas. Me cogía suavemente de la mano o del brazo, o dejaba su mano sobre mi muslo cuando estábamos viendo la tele, ¿y qué veía yo? Una mano blanda, blancuzca, con la consistencia de un guante de goma. Me producía escalofríos de asco. Era como si acabara de ponerme un pulpo encima. Me sentía culpable: ¿Dios mío, cómo he podido llegar a esto? Me había convertido en la furcia del libro de Dan Franck. Ella insistía en entrelazar nuestros dedos. Yo me esforzaba, sin lograr reprimir una mueca. Me levantaba de un salto, digamos que para ir a mear, en realidad sólo para huir de aquella mano. Luego volvía sobre mis pasos, carcomido por los remordimientos, y miraba su mano, que tanto había amado. Aquella misma mano que le había pedido ante Dios. La misma mano por la que, tres años antes, habría dado la vida para tenerla así. Y sólo sentía odio hacia mí mismo, vergüenza por ella, indiferencia, deseos de ponerme a llorar. Y apretaba contra mi corazón aquel pulpo blandengue, y le hacía un besamanos empapado de tristeza y de despecho.

El amor se acaba cuando es imposible volver atrás. Así es como uno se da cuenta: el agua no volverá a pasar por debajo del puente, reina la incompreensión; uno ha roto sin siquiera darse cuenta.

13. FLIRTING WITH DISASTER

Aquella noche, en el transcurso de mi fiesta particular, un amiguete se me acercó para charlar conmigo (no recuerdo quién era, ni cuándo, ni mucho menos dónde).

—¿A qué viene esa cara? —me preguntó.

Recuerdo haberle respondido:

—A que el amor dura tres años.

Aparentemente, aquello tuvo su efecto: el tipo se esfumó. Desde entonces, recorro a esta réplica allí donde voy. En cuanto pongo cara triste y me preguntan por qué, replico de buenas a primeras:

—Porque el amor dura tres años.

A la larga, empiezo a pensar que podría ser un buen título para un libro.

El amor dura tres años. Aunque lleves cuarenta años casado, en el fondo, confíesalo, sabes perfectamente que es verdad. Te das perfecta cuenta de aquello a lo que has renunciado; en qué momento abdicaste. El día fatídico en que dejaste de tener miedo.

Escuchar que el amor dura tres años no es agradable; es como un truco de magia fallido, o como cuando el despertador suena a mitad de un sueño erótico. Pero hay que acabar con la mentira del amor eterno, sobre el que se fundamenta nuestra sociedad, artesano de la infelicidad de la gente.

Después de tres años, una pareja debe separarse, suicidarse, o tener hijos, que son las tres maneras de confirmar su final.

A menudo nos dicen que, al cabo de cierto tiempo, la pasión se convierte en «otra cosa», más sólida y más hermosa. Pero esa «otra cosa» es el Amor con A mayúscula, un sentimiento menos excitante, es cierto, pero también menos inmaduro. Me gustaría ser absolutamente claro: esa «otra cosa» me toca los cojones, y si el Amor es eso, entonces dejo el Amor en manos de los gandules, de los descorazonados, de la gente «madura» que vive varada en su comodidad sentimental. Mi amor, el mío, lleva una «a» minúscula pero tiene amplitud de miras; no dura demasiado pero, por lo menos, cuando está allí lo notas. Su «otra cosa» es la que les gustaría convertir el amor parece una teoría inventada para poder conformarse con poco, y sentirse más seguros proclamando que no hay nada mejor. Me recuerdan a los envidiosos que rayan las puertas de los coches de lujo porque no tienen medios para comprarse uno igual.

Final de fiesta apocalíptico. Ganas de acabar con todo con un nudo en el estómago. Hacia las cinco de la madrugada, telefono a Adeline H., lo cual significa que estoy mal. Tengo su número personal. Descuelga ella: «¿Dígame? ¿Sí? ¿Quién es?» Voz ronca. La he despertado. ¿Por qué no conectó el contestador? No sé qué decirle. «Eh..., perdona que te haya despertado..., sólo quería desearte buenas

noches...» «¡¿QUIÉN ES? ¿ESTÁS LOCO O QUÉ, JODER?!» Cuelgo. Sentado, inmóvil, con la cabeza entre las manos, dudo entre la caja de Lexomil y colgarme: ¿y por qué no ambas cosas? No tengo cuerda, pero bastarán varias corbatas Paul Smith. Los sastres ingleses siempre eligen materiales muy resistentes. Pego un post-it sobre la pantalla del televisor: «TODO HOMBRE QUE SIGA VIVO PASADOS LOS TREINTA ES UN IDIOTA». Hice bien en alquilar un apartamento con vigas a la vista. Basta subirse a esta silla, así, tomarse el vaso de Coca-Cola que contiene los ansiolíticos triturados. Después, uno pasa la cabeza por el nudo corredizo, y en el momento de dormirse, lógicamente, es para no despertarse nunca más.

14. RESURRECCIÓN PROVISIONAL

Sí: te despiertas. Abres un ojo, luego el otro, tienes doble dolor de cabeza, a causa de la resaca pero también de un enorme chichón en fase de desarrollo acelerado en la parte superior de la frente. Es por la tarde, y te sientes muy ridículo con ese lío de corbatas alrededor del cuello, tumbado junto a una silla caída y a una asistenta de pie.

—Buenos días, Carmelita... Yo... ¿Llevo mucho tiempo dormido?

—¿Podría apartarse un poco, por favor, señor?, es para pasar la aspiradora, por favor...

Luego, encuentras la nota pegada a la tele: «TODO HOMBRE QUE SIGA VIVO DESPUÉS DE LOS TREINTA ES UN IDIOTA», y te admira semejante don de premonición. Pobrecito. Quieres gustar a todas las chicas guapas y te deprimes por un simple divorcio. Haberlo pensado antes. Ahora sólo me queda el dolor como compañía. ¡Qué pérdida de tiempo querer matarse cuando uno ya está muerto!

Los suicidas son realmente unos tipos invivibles. Mi mujer me ha devuelto la libertad, y ahora resulta que se lo reprocho. Le reprocho que me dejara a solas conmigo mismo. Le echo en cara que me haya permitido empezar de nuevo desde cero. Le reprocho que me haya obligado a asumir mis propias responsabilidades. Le reprocho que me haya empujado a escribir este párrafo. He sufrido por estar encerrado y ahora sufro por estar libre. Conque la vida adulta era eso: construir castillos de arena y saltar encima con los pies juntos, y empezar la operación de nuevo, una y otra vez, cuando sabemos perfectamente que el océano los iba a borrar de todos modos.

Los párpados me parecen tan pesados como la noche que cae. Este año he envejecido mucho. ¿Cómo saber que eres viejo? Viendo que vas a tardar tres días en recuperarte de esta borrachera. Que todos tus suicidios son fallidos. Que te sientes como un aguafiestas cuando encuentras gente más joven. Su entusiasmo te pone nervioso, sus ilusiones te cansan. Eres viejo cuando, la noche anterior, le has dicho a una chica nacida en 1976: «¿Setenta y seis? Me acuerdo, fue el año de la sequía.»

Como ya no tengo uñas que comerme, decido salir a cenar.

15. EL MURO DE LAS LAMENTACIONES (CONTINUACIÓN)

Por más que sepa que el amor es imposible, estoy convencido de que dentro de unos años me sentiré orgulloso de haber creído en él. Nadie podrá quitarnos eso a Anne y a mí: creímos en el amor con toda sinceridad. Bajando la cabeza, embestimos de lleno y con todas nuestras fuerzas una muleta que resultó ser de hormigón. No os riáis. Nadie se burla de don Quijote, y, sin embargo, la emprendía contra molinos de viento.

Durante mucho tiempo, mi único objetivo en la vida fue autodestruirme. Hasta que, en una ocasión, sentí deseos de ser feliz. Es terrible, me siento avergonzado, perdonadme: un día experimenté esa vulgar tentación de ser feliz. Lo que he aprendido desde entonces es que aquél era el mejor modo de destruirme. En el fondo, y sin habérmelo propuesto, soy un chico coherente.

No sé por qué acepté cenar en casa de Jean-Georges. Sigo sin tener hambre. Siempre he considerado una cuestión de honor esperar a tener hambre para comer. En eso consiste la elegancia: comer cuando uno tiene hambre, beber cuando uno tiene sed, follar cuando a uno se le pone dura. Pero, bueno, no voy a esperar a haber muerto de inanición para ver a mis amigos. Seguramente Jean-Georges habrá vuelto a invitar a la misma banda de enfermos sublimes, mis mejores amigos. Nadie hablará de sus problemas porque cada uno será consciente de que los demás también tienen los suyos. Cambiaremos de tema para engañar a la desesperación.

Me equivocaba. Jean-Georges está solo en casa. Parece dispuesto a escucharme. Me agarra por la solapa y me zarandea como un parquímetro que no imprime el tíquet después de haberse tragado la moneda de diez machacantes.

—Anoche te pregunté por qué vas por el mundo arrastrando esa jeta y me contestaste que porque el amor dura tres años. ¿Te estás cachondeando de mí o qué? ¿Crees que estás en uno de tus libros? ¡Me doy perfecta cuenta de que tu divorcio no tiene nada que ver con eso! Así que basta ya de gilipolleces, ¿vas a contarme lo que ocurre de una puta vez? Si no, ¿para qué coño estoy?

Bajo la mirada para que no vea que se me está empañando. Finjo estar resfriado para poder sorberme los mocos. Farfullo:

—Eh... No, verás, no sé lo que quieres decir...

—Basta ya. ¿Quién es? ¿La conozco?

Entonces, en voz baja, hecho polvo, atrapado, acabo confesando:

—Se llama Alice.

16. ¿QUIERES SER MI HARÉN?

Así que ya está: Marc y Alice se casaron hace tres años. El problema es que no se casaron el uno con el otro.

Marc se casó con Anne, y Alice se casó con Antoine. Así funcionan las cosas: la vida siempre se las apaña para complicarlo todo, ¿o somos nosotros los que nos buscamos las complicaciones?

La fotografía que Anne descubrió en Río es la de Alice. Una encantadora Polaroid de Alice en bikini en una playa italiana, cerca de Roma. En Fregene, para ser exactos.

Alice y yo tuvimos una «relación extraconyugal». En nuestra época, así se denomina a las más hermosas pasiones románticas. Todos los días muere gente por culpa de las «relaciones extraconyugales». A menudo son mujeres con las que te cruzas por la calle. Nadie lo diría porque esconden ese secreto, pero, de vez en cuando, las veréis llorar sin motivo mientras ven una mala telenovela, o sonreír de un modo deslumbrante en el metro, y entonces, entonces, sabréis de qué os estoy hablando. A menudo, la situación está descompensada: una mujer soltera ama a un hombre casado, él no quiere abandonar a su mujer, es terrible, abyecto, banal. En este caso, ambos estábamos casados cuando nos conocimos. El equilibrio era casi perfecto. Sólo que yo fui el primero en echarlo todo por la borda: soy yo el que se divorcia, mientras que Alice no tiene ninguna intención de hacerlo. ¿Por qué iba a dejar a su marido por un chalado que va por las azoteas gritando que el amor dura tres años?

Debería decirle que, en realidad, no creo que sea así, pero eso sería mentir. Y estoy harto de mentir. Estoy harto de mi doble vida. La poligamia es totalmente legal en Francia: basta estar dotado para la mentira. Tener varias mujeres no es nada del otro mundo. Sólo requiere un poco de imaginación y mucha organización. Conozco a un montón de tíos que tienen un harén, en Francia, en pleno año 1995. Cada noche, eligen a la que van a llamar y lo peor es que la pobre elegida acude. Para hacer eso, hay que ser diplomático e hipócrita, lo que viene a ser más o menos lo mismo. Pero yo estoy harto. Ya no puedo más. Ya tengo bastante con ser esquizofrénico en mi vida profesional, me niego a serlo también en mi vida sentimental. Por una vez, me encantaría hacer una sola cosa a la vez.

Resultado: de nuevo solo.

El amor es una catástrofe espléndida: saber que te vas a estrellar contra una pared, y acelerar a pesar de todo: correr en pos de tu propio desastre con una sonrisa en los labios; esperar con curiosidad el momento en que todo se va a ir al carajo. El amor es la única decepción programada, la única desgracia previsible que deseamos repetir. Eso es lo que le dije a Alice antes de suplicarle de rodillas que se marchara conmigo,

en vano.

17. DILEMAS

Un día, la desgracia se metió en mi vida y yo, como un gilipollas, no he conseguido echarla.

El amor más intenso es el amor no correspondido. Hubiera preferido no saberlo nunca, pero ésta es la verdad: no hay nada peor que amar a alguien que no te ama, y al mismo tiempo se trata de lo más hermoso que jamás me ha ocurrido. Amar a alguien que también te ama es narcisismo. Amar a alguien que no te ama, eso es amor. Buscaba un reto, una experiencia, una prueba que pudiera transformarme; por desgracia, mis deseos se vieron saciados más allá de mis expectativas. Amo a una chica que no me ama, y ya no amo a la que me ama. Utilizo a las mujeres para odiarme a mí mismo.

«Fan-Chiang preguntó: ¿Qué es el amor?»

El maestro dijo: Valorar más el esfuerzo que la recompensa, a eso se le llama amor» (Confucio).

Gracias, pícaro oriental, pero yo tampoco despreciaré la recompensa. Mientras tanto, me han abandonado. Cuando Alice supo que mi mujer me había dejado, se asustó y dio marcha atrás. Se acabaron las llamadas, los mensajes en el buzón de voz 3672, los números de habitación de hotel en el avisador de Bi-Bop. Soy como una amante pesada que se pasa el día esperando a que su hombre se acuerde de su culito. Yo, que sólo ansiaba las largas avenidas, me encuentro en un callejón sin salida. Lo único que me corroe sin cesar y resume mi existencia: ¿qué es peor: hacer el amor sin amar o amar sin hacer el amor?

Tengo la impresión de ser como Milú cuando sufre una crisis de conciencia, con, por un lado, un angelito que le dice que haga el bien y, por otro, un mini-demonio que le induce a hacer el mal. Yo tengo un angelote que desea que regrese con mi mujer y un diablillo que me sugiere que me acueste con Alice. Mi cabeza es el escenario de un talk-show permanente entre los dos, en vivo y en directo. Hubiera preferido que el diablo me ordenase follarme a mi mujer.

18. ALTOS Y BAJOS

La vida es una *sitcom*: una sucesión de escenas que se desarrollan siempre en los mismos decorados, con más o menos los mismos personajes, y de la que uno espera los siguientes capítulos con una impaciencia teñida de embrutecimiento. La aparición en escena de Alice en todo esto me sorprendió, un poco como si una de las protagonistas de *Los Ángeles de Charlie* aterrizara en el plato de *Al salir de clase*.

Para describir a Alice, no me andaré con rodeos: es un avestruz. Al igual que esa ave corredora, es alta, salvaje, y se esconde muy bien cuando huele el peligro. Sus interminables y delgadas piernas (en número par) soportan un busto sensual dotado de frutos arrogantes (de idéntico número). Pelo largo, negro y liso, corona un rostro intenso aunque suave. El cuerpo de Alice parece haber sido concebido exclusivamente para desestabilizar a los pobres hombres casados que no deseaban meterse en ningún lío, no deseaban otra cosa. Es lo que la diferencia del avestruz (sumado al hecho de que Alice no pone huevos de 1 kg, como más adelante tuve la ocasión de comprobar).

Recuerdo perfectamente la primera vez que nos vimos, en el entierro de mi abuela, ceremonia a la que acudí sin mi esposa, a quien las obligaciones familiares molestaban, con toda la razón. La familia ya es de por sí algo penoso cuando es tuya, así que no digamos la de los demás... Por otro lado, fui yo quien intentó convencerla de que, allí donde se encontraba, la Querida Abuelita no se daría cuenta de su ausencia. No lo sé, quizás sentí que iba a ocurrirme algo.

Toda la iglesia estaba pendiente de mi abuelo, a ver si lloraba. «DIOS MÍO, HAZ QUE AGUANTE», recé. Pero el cura tenía una carta secreta: evocó los cincuenta años de matrimonio del Abuelito con la Abuelita. El ojo de mi abuelo, pese a ser el de un coronel jubilado, empezó a enrojecer. Cuando derramó una lágrima, fue como el pistoletazo de salida: la familia entera abrió las compuertas, sollozó, se derramó mirando el féretro. Resulta inimaginable pensar que la Abuelita estaba allí dentro. Tuvo que morir para que me diera cuenta de hasta qué punto la quería. Hay que joderse. Cuando no dejas a la gente que ama, son ellos los que se mueren. Me puse a llorar sin ningún recato, ya que soy un chico influenciado.

Cuando dejé de ver borroso, me fijé en una hermosa morena que me miraba. Alice me había convertida en una fuente. No sé si fue la emoción, o el contraste con el lugar, pero sentí una inmensa atracción hacia aquella misteriosa aparición en jersey ceñido negro. Más tarde, Alice me confesó que le había parecido muy guapo: atribuyamos este error de apreciación al instinto maternal. Lo esencial es que la atracción era recíproca: sentía deseos de consolarme, eso saltaba a la vista. Aquel encuentro me enseñó que lo mejor que uno puede hacer en un entierro es enamorarse.

Era la amiga de una prima. Me presentó a su marido, Antoine, muy simpático,

demasiado, quizás. Mientras besaba mis empapadas mejillas, comprendió que yo había comprendido que ella había visto que yo había visto que me había mirado como me había mirado. Siempre recordaré lo primero que le dije:

—Me encanta la estructura ósea de tu rostro.

Tuve la oportunidad de analizarla en detalle. Una mujer joven de veintisiete años, simplemente hermosa. Leve temblor de pestañas. Risa picante que hace rebotar tu corazón en su caja torácica de repente demasiado estrecha. Maravilla de miradas huidizas, de pelo suelto, de parte inferior de la espalda arqueada, de dentadura resplandeciente. Mowgli Cardinale en *El libro del gatopardo*. Betty Page estirada a lo largo de un metro setenta. Una loca tranquilizadora. Una calientapollas tranquila, de una reserva impúdica. Una amiga, una enemiga.

¿Cómo era posible que no la hubiera conocido antes? ¿De qué me servía conocer a tanta gente si ella no estaba?

Hacía frío delante de la iglesia. Sabéis perfectamente adónde quiero ir a parar: exacto, sus pezones se marcaban bajo su ceñido jersey negro. Tenía unos pechos erigidos en sistema. Su rostro era de una pureza que desmentía su cuerpo sensual. Exactamente mi tipo: nada me gusta tanto como la contradicción entre un rostro angelical y un cuerpo de zorra. Tengo criterios dicotómicos.

En aquel preciso instante, supe que daría cualquier cosa por meterme en su vida, en su cerebro, en su cama, véase en el resto. Más que un avestruz, aquella chica era un pararrayos: atraía los relámpagos.

—¿Conoces el País Vasco? —le pregunté.

—No, pero parece bonito.

—No es bonito, es hermoso. Lástima que tú estés casada y que yo también lo esté, porque, de no ser así, podríamos haber fundado una familia en una granja de la región.

—¿Con corderitos?

—Por supuesto, con corderos. Y con patos para el foie gras, vacas para la leche, gallinas para los huevos, un viejo elefante miope, una docena de jirafas, y un montón de avestruces como tú.

—No soy un avestruz, soy un pararrayos.

—¡Eh, cuidado! Si además me lees el pensamiento, ¿adónde iremos a parar?

Cuando se marchó, erré, encantado y despreocupado, por Guéthary, el pueblo de Paul-Jean Toulet y el paraíso de mi infancia. Paseé, fresco y ligero, cuando en realidad detesto los paseos (pero no le importó a nadie: la gente siempre hace cosas absurdas después de un entierro), deambulé delante del mar, fijándome en cada roca, cada ola, cada grano de arena. Sentía cómo mi alma se desbordaba. Todo el cielo era mío. La costa vasca me traía mejor suerte que la bahía de Río. Sonreí a las nubes adormecidas en el cielo y a la abuelita, que no me lo tenía en cuenta.

19. HUIR DE LA FELICIDAD POR MIEDO A QUE SE ESCAPE

Hay que decidirse: o vives con alguien o lo deseas. No se puede desear lo que se tiene, es antinatural. Esta es la razón por la cual los hermosos matrimonios se caen en pedazos ante la llegada de cualquier desconocida que aterriza. Aunque te hayas casado con la más hermosa de las mujeres, siempre habrá una nueva desconocida que entrará en tu vida sin llamar a la puerta y te provocará el efecto de un afrodisíaco superpotente. Sin embargo, para agravar las cosas, Alice no era una desconocida cualquiera. Llevaba un ceñido jersey negro. Y un ceñido jersey negro puede modificar el curso de dos vidas.

Todas mis preocupaciones nacen de mi incapacidad pueril por renunciar a la novedad, de una necesidad enfermiza de ceder a la atracción de mil posibilidades increíbles que ofrece el porvenir. Es increíble cómo me excita mucho más lo que no conozco que lo que ya conozco. ¿Acaso soy anormal? ¿Acaso no prefieres un libro que no has leído, ver una obra de teatro que no te sabes de memoria, elegir a cualquier presidente antes que el que ya gobernaba antes?

Mis mejores recuerdos con Anne datan de antes de nuestro matrimonio. El matrimonio es criminal porque mata el misterio. Conoces a una criatura fascinante, te casas con ella y de repente la criatura fascinante se esfuma: se ha convertido en tu mujer. ¡TU mujer! ¡Qué insulto, qué decadencia para ella! ¡Cuando lo que deberíamos buscar sin descanso, durante toda la vida, es a una mujer que no te perteneciera nunca! (En este sentido, Alice iba a colmar mis aspiraciones.)

Me parece que todo el problema del amor radica en lo siguiente: para ser felices necesitamos seguridad cuando resulta que para estar enamorados necesitamos inseguridad. La felicidad se basa en la confianza mientras que el amor exige dudas e inquietud. Resumiendo, el matrimonio ha sido concebido para hacernos felices pero no para que permanezcamos enamorados. Y enamorarse no es el mejor modo de encontrar la felicidad; si así fuera, ya nos habríamos enterado. No sé si me estoy expresando con claridad, pero yo ya me entiendo: lo que quiero decir es que el matrimonio mezcla trucos que no combinan bien juntos.

De regreso en París, ya no tenía la misma mirada. Anne se había caído de su pedestal. Hicimos el amor sin convicción. Mi vida estaba dando un vuelco. ¿Veis el número 35 debajo? Pues yo acababa de trasladarme al piso inferior.

No existen amores felices.

No existen amores felices.

NO EXISTEN AMORES FELICES.

¿Cuántas veces tendré que repetírtelo antes de que te lo metas en la cabeza, idiota?

20. TODO SE LARGA

Cuando una chica joven te mira como me había mirado Alice, existen dos posibilidades: o se trata de una calientapollas y estás en peligro, o bien no se trata de una calientabraguetas y el peligro es doble.

Yo era una tranquila ostra que vivía cómodo y herméticamente encerrado, y de repente llega doña Alice, me recoge, me abre la jeta y me rocía con un chorro de limón.

—Dios mío —no dejaba de repetirme—, haz que esta mujer ame a su marido, porque, de no ser así, ¡estoy de mierda hasta el cuello!

No le di señales de vida a Alice. Esperaba que el tiempo borrara esta sensación de tener el corazón encogido. Estaba en lo cierto: el tiempo difuminó mis sentimientos, pero no aquellos que yo quería. Anne pagaba los platos rotos, para mi desgracia. Hay mucha tristeza en este mundo, pero es difícil superar la que invade a una mujer cuando siente que el amor que le profesaban se marcha, oh, muy lentamente, no de la noche a la mañana, no, pero irremediablemente, como la arena del reloj de arena. Una mujer necesita que un hombre la admire para resplandecer, por lo menos yo lo veo así. Una flor necesita del sol. Anne se marchitaba ante mis ojos ausentes. ¿Qué podía hacer? El matrimonio, el tiempo, Alice, el mundo, el movimiento de los planetas, los ceñidos jerseys negros, la Europa de Maastricht, todo parecía confabularse contra nuestra inocente pareja.

Abandonaba a mi mujer, y sin embargo era a mí a quien estaba abandonando. Lo más duro no sería abandonar a Anne, sino renunciar a la belleza de nuestra historia. Me sentía como alguien que abandona un proyecto en el que creía desde hacía mucho tiempo: a la vez decepcionado y aliviado.

21. SIGNOS DE INTERROGACIÓN

Cuando me encuentro con un amigo por la calle, la conversación suele desarrollarse en términos parecidos a éstos:

—¡Hola! ¿Qué tal? ¿Cómo te va?

—Mal, ¿y a ti?

—Fatal.

—Bien, pues entonces hasta pronto.

—Adiós.

O es un amigo que me cuenta un chiste:

—¿Sabes cuál es la diferencia entre el amor y el herpes?

—...

—Venga... Piensa... ¿No lo adivinas?

—...

—Con lo fácil que es: el herpes dura toda la vida.

No me río. No le veo la gracia. Debo de haber perdido el sentido del humor por el camino.

Resulta bastante exasperante darse cuenta de que uno se hace las mismas preguntas que todo el mundo. Es una lección de humildad.

¿Hago bien abandonando a alguien que me quiere?

¿Soy un hijo de puta?

¿De qué sirve la muerte?

¿Voy a cometer las mismas estupideces que mis padres?

¿Se puede ser feliz?

¿Es posible enamorarse sin que la cosa termine en sangre, esperma y lágrimas?

¿No podría ganar MUCHO MÁS dinero trabajando MUCHO MENOS?

¿Qué marca de gafas de sol hay que llevar en Formentera?

Tras unas semanas de escrúpulos y torturas, llego a la siguiente conclusión: si tu mujer se está convirtiendo en tu amiga, ha llegado el momento de proponerle a una amiga que se convierta en tu mujer.

22. REENCUENTRO

La segunda vez que vi a Alice fue en un aniversario cualquiera cuya descripción sólo nos haría perder el tiempo. En resumen, una amiga de Anne acababa de envejecer un año y consideró necesario celebrar el acontecimiento. Cuando reconocí la ágil silueta de Alice (su piel frágil aunque elástica), estaba sirviéndole una copa de champán a Anne. Seguí sirviendo hasta llenar su copa más allá del límite, inundando así la alfombra. Alice brindaba con su marido. Mi rostro se puso de color granate. Me soplé mi whisky de un trago. Tuve que mirarme los pies para poder andar sin tropezar. Eso me permitió esconder mi rubor detrás del flequillo. Huyendo de mi esposa, me abalancé hacia los servicios para comprobar mi peinado, mi afeitado, quitarme las gafas, sacudirme la caspa de los hombros, arrancarme un pelo que sobresalía de mi aleta nasal izquierda. ¿Qué hacer? ¿Ignorar a Alice? Para ligarse a las chicas guapas es necesario no dirigirles la palabra. Hay que actuar como si no existieran. Pero ¿y si se marcha? No volver a ver a Alice ya suponía bastante suplicio para mí. Era necesario, pues, hablarle sin hablarle. Regresé al salón y volví a pasar delante de Alice fingiendo no haberla visto.

—¡Marc! ¿Ya no saludas?

—¡Oh, Alice, qué casualidad! ¡Perdóname, no te había reconocido! Yo... estoy... contento... de... volver... a verte.

—¡Yo también! ¿Qué tal te va?

Se mostraba superficial, indiferente, y parecía salir de una pesadilla, mirando hacia otra parte.

—¿Te acuerdas de Antoine, mi marido?

Apretón de manos congelado.

—¿No piensas presentarnos a tu mujer?

—Bueno... Creo que está en la cocina ayudando a poner las velas del pastel...

Justo cuando terminaba la frase, las luces se apagaron y el cumpleaños feliz fue entonado, y Alice desapareció en medio de la adversidad.

Vi cómo cogía la mano de Antoine y se alejaron como si se desplazaran sobre una plataforma mecánica, mientras la anfitriona se reía de su propio envejecimiento entre los aplausos de amigas de, más o menos, su misma edad.

Tú que me lees, seguro que habrás visto por la tele voladuras controladas de edificios: ya sabes a lo que me refiero, cuando se destruye un edificio con dinamita. Tras unos segundos de cuenta atrás, vemos cómo el edificio se tambalea y luego se viene abajo como un hojaldre entre una nube de polvo y cascotes. Eso fue exactamente lo que sentí.

Alice y Antoine se dirigían hacia la salida. Era necesario hacer algo. Veo de nuevo toda la escena a cámara lenta como si fuera ayer. Les seguí hasta el recibidor.

Allí, mientras Antoine hurgaba entre los atestados colgadores, Alice volvió hacia mí sus desbordantes ojos negros. Susurré:

—No es posible, Alice, no te reconozco... ¿Acaso no ocurrió nada, el mes pasado, en Guéthary? ¿Y mi granja de avestruces, qué voy a hacer con ella?

Su rostro se endulzó. Bajando la mirada, muy suavemente, en voz baja —tan baja que me pregunté si no lo estaba soñando—, dejó caer estas dos palabras rozándome discretamente la mano antes de desaparecer junto a su marido:

—Tengo miedo...

Mi destino estaba sellado. Por más que Anne me preguntara: «¿Pero quién era esa chica?», el edificio se reconstruía de un modo acelerado. La cinta de vídeo, como la implosión, se rebobinaba. Varias fanfarrias celebraban la inauguración. ¡Parecía la celebración de la fiesta nacional, con bailes y farolillos! ¡Discurso del alcalde de Parly 2! ¡Reportaje en directo para el circuito local de France 3! ¡La multitud se suicida de alegría! ¡Pan! ¡Pan! ¡La plebe rebosa de alboroto! ¡Muerte colectiva! ¡Fiesta Mayor de la Guyana! ¡Verbena del Templo del Sol! ¡La gente tocando palmas ahíta de felicidad! ¡El delirio, me cago en la puta!

Las fiestas más hermosas son aquellas que se celebran en nuestro interior.

23. IRSE

Me fascina la extrema tensión eléctrica, palpable, estremecedora, que puede circular entre un hombre y una mujer que no se conocen, sin una razón concreta, así, simplemente porque se gustan y luchan por no demostrarlo.

Ninguna necesidad de hablar. Es una cuestión de muecas, de gestos. Es como una adivinanza, el enigma más importante de tu vida. La gente vulgar lo denomina erotismo, pero en realidad se trata sólo de pornografía, o sea, de sinceridad. El mundo puede venirse abajo, sólo tienes ojos para esos otros ojos. En lo más profundo de ti mismo, en ese instante lo sabes por fin.

Sabes que podrías marcharte inmediatamente con ese ser con el que no has intercambiado más de tres frases. «Irse»: la palabra más hermosa de nuestro idioma. Sabes que estás a punto de utilizarla. «Vayámonos», «Tenemos que irnos», «Un día, tomaremos trenes que se van» (Blondin). Tu equipaje está listo, y sabes que el pasado sólo es un confuso amasijo que queda a tus espaldas y que hay que intentar olvidar, ya que estás renaciendo. Sabes que lo que está ocurriendo es muy grave, y no haces nada para frenarte. Sabes que no hay otra salida. Sabes que vas a causar sufrimiento, que preferirías evitarlo, que sería necesario razonar, esperar, reflexionar, pero «irse», «¡irse!», es lo más fuerte de todo. Todo puede volver a empezar de cero. La casilla de salida promete tantas cosas. Es como si hasta entonces hubieras estado retenido debajo del agua, en apnea juvenil. El futuro es el hombro desnudo de una desconocida. La vida te ofrece una segunda oportunidad: la Historia se repite.

Podría parecer que esa atracción es superficial, pero no existe nada más profundo; estás dispuesto a todo; aceptas los defectos; perdonas las imperfecciones; incluso las buscas, maravillado.

Sólo te sientes atraído por debilidades.

Alice se siente turbada, ¡yo le daba miedo! ¡Miedo! Y, sin embargo, el más asustado de los dos no era ella. No obstante, nunca me había sentido tan feliz de meterle el miedo en el cuerpo a alguien.

Entonces ignoraba que tendría tiempo para arrepentirme.

24. BELLEZA DE LOS PRINCIPIOS

En el transcurso de una de nuestras citas clandestinas, después de haber hecho el amor tres veces seguidas gritando de placer en el Hotel Henri-IV (plaza Dauphine), invité a Alice al Café Beaubourg. Ignoro el motivo, ya que odio ese lugar lúgubre, como todos los cafés de diseño. El café de diseño es un invento de los parisinos para aparcar a los provincianos y almorzar tranquilamente en el Café de Flore. Al salir a la plaza, delante de la fábrica Georges Pompidou, nos detuvimos debajo del Genitron, ese reloj que va descontando los segundos que nos separan del año 2000.

—¿Te das cuenta, Alice? Este reloj simboliza nuestro amor.

—¿Qué estás diciendo?

—La cuenta atrás ha comenzado... Un día, te aburrirás, te hartarás de mí, me reprocharás que no haya bajado la tapa del retrete, me pasaré la noche delante de la tele hasta que termine la programación, y tú me engañarás como estás engañando a Antoine en estos momentos.

—Ya estamos otra vez... ¿Por qué te resistes a disfrutar del momento presente en lugar de angustiarte por nuestro futuro?

—Porque no tenemos futuro. Mira cómo caen los segundos, nos aproximan a la infelicidad... Sólo tenemos tres años para amarnos... Hoy todo parece maravilloso, pero, según mis cuentas, todo habrá terminado entre nosotros el... 15 de marzo de 1997.

—¿Y si te dejara ahora mismo para ganar tiempo?

—No, espera, no he dicho nada...

Fue en aquel momento cuando me di cuenta de que habría estado más guapo calladito en lugar de soltar mis teorías de pacotilla.

—Eh... —continué—, ¿y no te parecería mejor abandonar a Antoine? Así podríamos instalarnos en la Casa de la Pradera, y ver crecer a nuestros hijos en el Jardín Encantado...

—Sí, eso es, encima, ¡tómame el pelo! Muy amable, ¿pero por qué siempre tienes que estropear nuestros buenos momentos con tus ataques de melancolía?

—Amor mío, si un día me engañas, te prometo dos cosas: en primer lugar, me suicidaré, y luego te montaré una escena que no olvidarás fácilmente.

Así avanzábamos, pareja ilegítima, paseantes escondidos, juntos, mirándonos a los ojos, pero nunca cogidos de la mano, por si nos tropezábamos con amigos de nuestros respectivos.

Con ella descubrí la dulzura. Tomé lecciones de naturalidad, lecciones de vida. Creo que eso fue lo que me sedujo de Alice. Con el primer matrimonio, buscas la perfección; con el segundo, buscas la verdad.

Lo más hermoso de una mujer es que sea sana. Me gusta que respire Salud, ¡esa

cárcel de placer! ¡Quiero que tenga ganas de correr, de reír a carcajadas, de hartarse de comer! Dientes tan blancos como el blanco de los ojos, una boca fresca como una cama grande, labios cereza en los que cada beso es una joya, una piel tersa como la de un tam-tam, senos redondos como bolas de petanca, clavículas delgadas como alas de pollo, piernas doradas como la Toscana, un culo respingón como una mejilla de bebé, y sobre todo, sobre todo, NADA DE MAQUILLAJE. Debe oler a leche y a sudor más que a perfume o a cigarrillo.

La prueba definitiva es la piscina. Las personas se delatan junto a una piscina: una intelectual leerá debajo de su sombrero, una deportista organizará un partido de waterpolo, las narcisistas cuidarán su bronceado, las hipocondríacas se embadurnarán con protección total... Si, junto a una piscina, encuentras a una mujer que se niega a mojarse el pelo para no despeinarse, huye. Si se lanza de cabeza entre risas, lánzate de cabeza tú también.

Creedme: lo intenté todo para no enamorarme. Poneos en mi lugar: gato escaldado del agua huye. Pero no podía dejar de pensar en Alice. A ratos la odiaba de verdad, me parecía ridícula, un adefesio, cobarde, vulgar, un enorme ganso falsamente romántico que quería conservar su confortable vida de mierda, una cobardica miserable y egoísta, una Olivia (la mujer de Popeye) antipática, estúpida, de voz chillona y gustos de *fashion victim*. Y, al cabo de un minuto, miraba su fotografía o escuchaba su adorable y tierna voz por teléfono, o bien ella se me aparecía y me sonreía, y caía rendido a sus pies, deslumbrado por tanta belleza elegante, de ojos vertiginosos, de piel suave, de largos e ingrátidos cabellos, era una planta silvestre, una morenaza indomable, una ardiente india, una Esmeralda (la mujer de Quasimodo) y, Dios mío, cómo le daba gracias al cielo por haberme concedido la suerte de conocer a semejante criatura.

He aquí una prueba muy sencilla para saber si estás enamorado: si al cabo de cuatro o cinco horas sin tu amante empiezas a echarla de menos, es que no estás enamorado, si lo estuvieras, diez minutos de separación habrían sido suficientes para convertir tu vida en algo rigurosamente insoportable.

25. GRACIAS, WOLFGANG

Engañar a tu mujer, en sí mismo, no es demasiado malo si ella no se entera. Incluso creo que muchos maridos lo hacen para ponerse en situación de peligro, para volver a correr riesgos, como cuando intentaban seducir a su esposa. En este sentido, el adulterio quizás sea una declaración de amor conyugal. Aunque quizás no. En todo caso, creo que me habría resultado algo difícil conseguir que Anne se lo tragara.

Recuerdo nuestra última cena a solas. Preferiría no recordarla, pero de todos modos me acuerdo. Al parecer, los malos ratos constituyen los buenos recuerdos: cómo me gustaría que eso fuera así. Por lo que a mí respecta, permanecen anclados dentro de mí bajo la etiqueta de «malos momentos», y no consigo que me produzcan nostalgia alguna. Desearía reencarnarme en magnetoscopio VHS para poder borrar esas imágenes que me atormentan.

Anne me agobiaba con sus reproches, y luego se reprochaba el hecho de agobiarme con sus reproches, lo cual todavía resultaba más lamentable. Yo le decía que todo era culpa mía. Me había montado una película, ¿de no ser así, por qué iba a cortarme el pelo tan corto durante nuestros tres años de matrimonio? Antes lo llevaba largo, y ahora volvía a dejármelo crecer. Era como Sansón: ¡el pelo corto, no valía para nada! Además, nunca me había atrevido a pedir su mano del modo debido a su padre. El matrimonio, pues, no era válido. Ella se reía amablemente de mis bromas. Yo me sentía fatal, pero ella sonreía tristemente como si siempre hubiera sabido que la cosa acabaría así, en ese bonito restaurante, sobre ese mantel blanco iluminado con velas, charlando como viejos amigos. Ni siquiera lloramos en la mesa. Uno puede separarse de alguien para siempre, traicionar todas sus promesas, y permanecer sentado delante de ella sin hacer una montaña.

Finalmente, me comunicó que me había encontrado un sustituto más famoso, más viejo y más amable que yo. Era verdad (lo supe más adelante, fui el último en enterarme, por supuesto), lo había descubierto en su trabajo. No me lo esperaba en absoluto. Le grité.

—Una jovencita que se tira a los viejos vale menos que un viejo que se tira a jovencitas. ¡Demasiado fácil!

—Prefiero un atractivo maduro tranquilizador que un joven feo y neurótico —me contestó.

Ignoro por qué razón había imaginado que Anne se quedaría en viuda afligida, desconsolada. También ignoro por qué la noticia me molestó tanto. En fin, no, no ignoro por qué. Simplemente descubrí que tenía amor propio. Pequeño pretencioso. Te crees insustituible y enseguida eres reemplazado. ¿Qué me había creído? ¿Que se suicidaría? ¿Que se dejaría marchitar? Mientras soñaba con Alice, joven pollo convencido de ser un estupendo playboy acosado por las mujeres, Anne pensaba en

mi sustituto y me ponía los cuernos alegremente apañándoselas para que todo el mundo se enterara. Aquella noche caí del guindo. Me lo había ganado a pulso. Al regresar a casa, escuché a Mozart por la radio.

La Belleza acaba en Fealdad, el destino de la Juventud es Marchitarse, la Vida sólo es un lento proceso de Putrefacción, Morimos cada Día. Menos mal que siempre nos quedará Mozart. ¿A cuánta gente habrá salvado la vida Mozart?

26. CAPÍTULO TOPE SEXO

Pero alguna vez hay que centrarse en lo esencial, a saber, el sexo. La mayoría de las criticonas del medio en el que me muevo están convencidas de que hacer el amor consiste en tumbarse de espaldas con un estúpido en esmoquin que se agita encima de ellas, borracho como una cuba, antes de eyacular en su fuero interno y de ponerse a roncar. Su educación sexual se ha fraguado en juergas de niños de papá, clubs privados chic y discotecas de Saint-Tropez, en compañía de los peores polvos de la tierra: los pijos. El problema sexual de los niños de papá es que desde pequeños les han acostumbrado a tenerlo todo sin dar nada a cambio. Ni siquiera se trata de una cuestión de egoísmo (en la cama, TODOS los tíos son egoístas), lo que ocurre es que nadie les ha explicado jamás que existe alguna diferencia entre una chica y un Porsche. (Cuando estropeas a la chica, papá no te echa la bronca.)

Gracias a Dios, Anne no formaba parte de ese ambiente, pero tampoco era muy dada a la cosa. Nuestro mayor delirio sexual tuvo lugar durante nuestra luna de miel, en Goa, después de haber fumado Datura. Chorreo, Relleno, Remojo y Espermojo. Necesitamos fumar aquello para relajarnos en medio de aquel espeso monzón. Pero, bueno, aquella cima sólo fue una alucinada excepción: además, estaba tan prendado de ella durante aquel viaje que incluso la dejé ganarme al ping-pong, para que veáis hasta qué punto estaba fuera de mi estado natural. Sí, Anne, te lo digo aquí y ahora, a través de este libro: durante nuestra luna de miel, me dejé ganar al ping-pong, ¿está claro?

El sexo es una lotería: dos personas pueden adorar eso por separado y no congeniar juntos. Piensas que la cosa puede evolucionar, pero resulta que no evoluciona. Es una cuestión de epidermis, o sea, una injusticia (como todas las cosas que tienen relación con la piel: el racismo, la descamación del rostro, el acné...).

Además, nuestra ternura no hacía sino empeorar las cosas. En amor la situación empieza a ser realmente preocupante cuando se pasa de la peli porno al parloteo cursi. A partir del momento en el que dejamos de decir: «te voy a meter de todo menos prisa, zorra» para decir: «mi querido pichoncito querida mimí osita mía hazme un ñiguiñigui», ha llegado el momento de apretar el botón de alarma. Eso se nota enseguida: incluso las voces se transforman al cabo de algunos meses de vida en común. El pedazo de macho viril con voz estentórea empieza a hablar como un niño sobre las rodillas de su mamaíta. La vampiresa fatal de tono ronco se convierte en una niña empalagosa que confunde a su marido con un minino. Nuestro amor fue derrotado por las entonaciones.

Y luego está ese monstruoso concepto congelante, el somnífero más potente jamás inventado: el Débito Conyugal. Uno o dos días sin follar: no es grave, ni siquiera se comenta. Pero, al cabo de cuatro o cinco días, la angustia del Deber se

convierte en tema de conversación. Una semana más sin hacer el amor y todo el mundo empieza a preguntarse qué ocurre, y el placer se convierte en una obligación, un trabajo, sólo tienes que dejar pasar una semana más sin hacer nada y la presión resultará insostenible, acabarás haciéndote pajas en el cuarto de baño mirando historietas porno para que se te ponga dura, será el gatillazo garantizado, lo contrario del deseo, aquí lo tienen, eso es el Débito Conyugal.

Nuestra generación tiene una pésima educación en el terreno sexual. Creemos saberlo todo, porque vivimos bombardeados por pelis porno y porque nuestros padres han hecho su llamémosle revolución sexual. Pero todo el mundo sabe que la revolución sexual nunca tuvo lugar. En el sexo, al igual que en el matrimonio, nada se ha movido ni un milímetro desde hace un siglo. Nos acercamos al año 2000 y las costumbres son las mismas que en el XIX, y algo menos modernas que en el XVIII. Los tíos son machistas, torpes, tímidos, y las chicas son púdicas, reacias, acomplejadas por la idea de que las tomen por unas ninfómanas. La prueba de que nuestra generación es sexualmente nula es el éxito de los programas que hablan de sexo en la radio y la televisión, el ínfimo porcentaje de jóvenes que se ponen preservativo para hacer el amor. Esto confirma que son incapaces de hablar del tema con normalidad. Así que imaginad, si los jóvenes son malos, los jóvenes burgueses a la fuerza tienen que ser... Una catástrofe.

Alice, en cambio, no ha frecuentado los círculos putrefactos. Considera el sexo no una obligación sino un juego cuyas reglas deben conocerse antes de, eventualmente, modificarlas. No tiene ningún tabú, colecciona las fantasías, quiere explorarlo todo. Con ella, recuperé treinta años de retraso. Me enseñó a acariciar. A las mujeres hay que acariciarlas con la punta de los dedos, rozarlas con la punta de la lengua; ¿cómo podría haberlo adivinado si nadie me lo hubiera dicho? Descubrí que se podía hacer el amor en un montón de sitios (un parking, un ascensor, los lavabos de discoteca, lavabos de tren, lavabos de avión, sobre la hierba, dentro del agua, al sol), con todo tipo de accesorios (sados, masos, frutas y verduras) y en todas las posiciones (arriba y abajo, abajo y arriba, atado, atando, flagelante de Sevilla, jardinero de los Suplicios, distribuidor de zumo de cojones, surtidor de gasolina, tragadora de serpientes, dómina demoníaca, 3615 Nibs, gang-bang por la cara a la luz de unas velas). Para ella, me convertí en más que un heterosexual, homo o bisexual: me convertí en omnisexual. ¿Por qué limitarse?

No me parece mal tirarme a animales, a insectos, a flores, a algas, a chirimbolos, muebles, estrellas, todo aquello que esté dispuesto a dejarse. Incluso me descubrí una sorprendente capacidad para inventar las historias a cual más abracadabrante para susurrarle al oído durante el acto. Un día, publicaré una antología que impactará a los que no me conocen bien. De hecho, me convertí en un auténtico obseso perverso polimorfo, en resumen, un vividor. No veo por qué sólo los viejos tienen derecho a

ser libidinosos.

En resumen, mientras que una historia de sexo puede convertirse en una historia de amor, pocas veces ocurre lo contrario.

27. CORRESPONDENCIA (I)

Primera carta a Alice:

«Querida Alice:

Eres maravillosa. No veo por qué, con el pretexto de que te llamas Alice, nadie puede decirte que eres una maravilla.

La cabeza me da vueltas. Deberían prohibir a las mujeres como tú acudir a los entierros de mis abuelas. Perdona estas breves palabras. Es la única oportunidad de permanecer a tu lado este fin de semana.

Marc.»

Ninguna respuesta.

Segunda carta a Alice:

«Alice:

Veamos, ¿acaso va a resultar que eres la mujer de mi vida?

Algo nos está ocurriendo, ¿verdad?

Dices que tienes miedo. Y yo, entonces, ¿qué debería decirte? Crees que estoy jugando cuando, en realidad, nunca he hablado más en serio.

No sé qué debo hacer. Me gustaría verte pero sé que no debo. Anoche cumplí el débito conyugal pensando en ti. Es indigno. Has trastocado mi vida, no quiero trastocar la tuya. Esta será mi última carta, pero pasará mucho tiempo antes de que te olvide.

Marc.»

Post scriptum: «Cuando mientes, cuando le dices a una mujer que la amas, puedes creer que estás mintiendo, pero algo te ha impulsado a decírselo, por consiguiente es verdad» (Raymond Radiguet).

Ninguna respuesta. No fue mi última carta.

28. EL FONDO DEL ABISMO

Hola, soy yo otra vez, el muerto viviente de los barrios altos.

Me hubiera gustado ser sólo melancólico, queda muy elegante; en lugar de eso, me debato entre la licuefacción y la delicuescencia. Soy un zombi que, por el hecho de seguir vivo, la emprende a gritos con la muerte. El único remedio contra mi migraña sería un Aspegic 1000, pero debo abstenerme de tomarlo porque me duele demasiado el estómago. ¡Si por lo menos pudiera tocar fondo! Pero no. Desciendo cada vez más, no hay fondo sobre el cual impulsarse de nuevo hacia arriba.

Atravieso la ciudad de parte a parte. Me acerco a espiar el edificio en el que vives con Antoine. Creía haberte seducido para divertirme, y aquí me tienes, deambulando delante de tu puerta, sin apenas poder respirar. El amor es una fuente de problemas respiratorios.

Las luces de vuestro piso están encendidas. Quizás estés cenando, o viendo la tele, o escuchando música mientras piensas en mí, o sin pensar en mí, o quizás estés..., estéis... No, por favor, dime que no lo estás haciendo. De pie, en la calle, me estoy desangrando frente a tu casa, pero no derramo ni una sola gota de sangre, se trata de una hemorragia interna, como si me ahogase en un lugar sin agua. Los transeúntes me miran fijamente: Pero ¿quién será ese tío que cada día se acerca a contemplar la fachada de este edificio? ¿Acaso hay algún detalle arquitectónico que se nos ha pasado por alto? ¿Y si este joven mal afeitado y desgreñado fuera un nuevo indigente? «Fíjate, querida: en nuestro barrio hay indigentes que llevan chaqueta Agnès B.» «Cállate, imbécil, ¿no ves que se trata de un camello?»

Mayo, el feísimo mes de mayo. Con sus interminables puentes: Día del Trabajo, Celebración del 8 de mayo de 1945, Ascensión, Pentecostés. Los largos fines de semana sin Alice se suceden. Terrible privación organizada por el Estado y la religión católica, como si ambos quisieran castigarme por haberles desobedecido. Máster intensivo de sufrimiento.

Aparte de Alice, nada me interesa. Ella ocupa todo mi ser. Ir al cine, comer, escribir, leer, dormir, bailar el jerk, trabajar, todas estas ocupaciones que constituían mi vida de estúpido con un buen sueldo han dejado de tener ningún interés. Alice ha desteñido el universo. De repente, tengo dieciséis años. Incluso me he comprado su perfume para aspirarlo pensando en ella, pero no es lo mismo que percibir su adorable olor de piel enamorada morena indolente largas piernas arrebatadora esbeltez de pelo de lánguida sirena. Todo esto no puede concentrarse en un frasco de perfume.

En el siglo xx, el amor es un teléfono que no suena. Tardes enteras pendiente de cada ruido en la escalera, como tantas falsas alegrías absurdas, ya que, en el último momento, has anulado la cita al mediodía con un mensaje en nuestro buzón secreto.

¿Otra historia adúltera que acaba mal? Pues sí, no es demasiado original, lo siento; ¿qué quieres que haga si esto es lo más grave que me ha ocurrido? Este es el libro de un niño mimado, dedicado a todos los imprudentes que son demasiado puros para vivir felices. El libro de aquellos a los que les toca apechugar con el peor papel y a los que nadie compadece. El libro de aquellos que no deberían sufrir por una separación que ellos mismos han provocado y que, sin embargo, experimentan un dolor tanto más irreparable por cuanto saben que son los únicos culpables de haberlo provocado. Porque el amor no es únicamente: sufrir o hacer sufrir. También puede ser ambas cosas.

29. DIETA DEPRESIVA

Estar solo se ha convertido en una enfermedad vergonzosa. ¿Por qué todo el mundo huye de la soledad? Porque obliga a pensar. En nuestros días, Descartes ya no escribiría «Pienso, luego existo». Diría: «Estoy solo, luego pienso.» Nadie desea la soledad porque te deja demasiado tiempo para pensar. No obstante, cuanto más piensa uno, más inteligente es, o sea, más triste.

Pienso que nada existe. Ya no creo en nada. No me sirvo a mí mismo para nada. Mi vida no tiene ninguna utilidad. ¿Qué dan esta noche en la tele por cable?

La única buena noticia: la infelicidad adelgaza. Nadie habla de este tipo de dieta, que, sin embargo, es la más eficaz. La dieta depresiva. ¿Te sobran unos kilos? Divórciate, enamórate de alguien que no te corresponde, vive solo y recreáte en tu tristeza durante todo el día. Tu sobrecarga ponderal pronto desaparecerá, como la nieve bajo el sol. Recuperarás un cuerpo esbelto, y podrás disfrutar de él, siempre y cuando sobrevivas.

Lástima que esté enamorado, ni siquiera puedo disfrutar de mi recién estrenado celibato. Cuando era estudiante, me encantaba estar solo. Todas las mujeres me parecían hermosas. «No existen mujeres feas, sólo vasos de vodka demasiado pequeños», solía repetir. No se trataba sólo de las opiniones de un alcohólico en ciernes sino que lo pensaba de verdad. «Todas las mujeres tienen algo, aunque sólo sea un silencio divertido, un suspiro distraído, el movimiento de un tobillo, un mechón de pelo rebelde. Incluso el peor de los cardos encierra un tesoro oculto. ¡Hasta la humorista Mimie Mathy, si me apuras, tienes su punto!» Entonces estallaba en una sonora carcajada, la que utilizo para subrayar mis propios chistes, la de antes de que descubriera la auténtica soledad.

Desde entonces, en cuanto me tomo unas copas de alcoholes destilados, refunfuno solo, como un vagabundo. Me hago una paja en una cabina de proyecciones vídeo, en el número 88 de la rue Saint-Denis. Zapeo entre 124 películas porno. Un tío se la chupa a un negro de 30 cm. *Zap*. Una chica atada recibe cera sobre la lengua y descargas eléctricas sobre su coño rasurado. *Zap*. Una rubia de bote y con tetas de silicona se traga un buen chorro de esperma. *Zap*. Un tío encapuchado le perfora los pezones a una holandesa que grita «Yes, Master». *Zap*. Una joven e inexperta amante deja que le metan un enorme vibrador en el ano y otro en la vagina. *Zap*. Triple eyaculación facial sobre dos lesbianas con pinzas de tender la ropa en los pechos y el clítoris. *Zap*. Una obesa preñada. *Zap*. Doble penetración. *Zap*. Pipí en la boca de una tailandesa atada con cuerda. *Zap*. Mierda, ya no me quedan monedas de 10 francos y todavía no me he corrido, demasiado borracho para conseguirlo. Hablo solo en el sex-shop mientras agito los brazos. Me compro un pequeño frasco de poppers. Me gustaría ser amigo de esos borrachos de la rue Saint-Denis que, tambaleándose, gritan

que, en otros tiempos, las mujeres más hermosas del mundo se rendían a sus pies. Pero no me aceptan en su cofradía: más bien tienen ganas de romperme la cara, quizás para enseñarme en qué consiste tener auténticas razones para sufrir. Así que, arrastrándome, regreso a casa, con el rostro inundado de poppers derramado, apestando de pies y boca, hacía años que no estaba tan borracho, con unas ganas terribles de vomitar y de cagar al mismo tiempo, imposible hacer las dos cosas a la vez, hay que elegir. Elijo evacuar primero mi diarrea, sentado en el retrete, una salsa infecta y pestilente salpica la loza, pero, de repente, el deseo de arrojar es demasiado intenso, me doy la vuelta para vomitar una bilis ácida que me arranca la garganta en la taza, a cuatro patas y con el culo desnudo entre olor a desinfectante, y he aquí que la cagalera vuelve con fuerzas renovadas y acabo proyectando un litro de mierda líquida y apestosa sobre la puerta mientras lloro y llamo a mi madre.

30. CORRESPONDENCIA (II)

A la tercera fue la vencida. Gracias al servicio de Correos: el teléfono, el fax o Internet no superarán jamás en belleza novelesca el viejo y entrañable peligro de la relación epistolar.

«Querida Alice:

Te esperaré todas las tardes a las siete, en un banco de la place Dauphine. Vengas o no vengas, yo estaré allí, siempre, a partir de esta tarde.

Marc.»

El lunes te esperé bajo la lluvia. El martes te esperé bajo la lluvia. El miércoles no llovió, y viniste. (Parece una canción de Yves Duteil.)

—¿Has venido?

—Sí, eso parece.

—¿Por qué no viniste el lunes o el martes?

—Llovía...

—No sé lo que me impide... regalarte un paraguas.

Sonreíste. Fantasmilla escondida detrás de una melena anunciadora de placeres abstrusos. Manga de rostro claro con labios que me sonreían sin sopesar los pros y los contras. Te cogí de la mano como quien toma un objeto precioso. Y luego se produjo un silencio incómodo, de circunstancias, que quise romper:

—Alice, creo que es grave...

Pero no me dejaste:

—Cállate...

Y luego te inclinaste para besarme en los labios. No era posible, ¿estaba soñando? ¿Todavía podía ocurrirme algo tan delicado?

Quise volver a hablar:

—Alice, todavía estamos a tiempo de echarnos atrás, rápido, porque después será demasiado tarde y yo voy a amarte con una fuerza tremenda, y tú no me conoces, en estos casos me convierto en una persona lamentable...

Pero esta vez es tu lengua la que me interrumpe y todos los violines de todas las más hermosas películas de amor sólo son un escupitajo de miserables chirridos comparados con la sinfonía que suena en mi cabeza.

Y si os parezco ridículo, que os den por el saco.

31. EL AMANTE DIVORCIADO

Actualmente evito pasar por la place Dauphine, salvo cuando estoy lo bastante cascado para enfrentarme a ella, como esta noche, por ejemplo, en la que, por puro masoquismo, me he sentado en nuestro banco. Los barcos turísticos iluminan el Pont-Neuf. Por unos pocos metros de margen, casi llegamos a ser los amantes del Pont-Neuf. Tengo frío y espero. Han transcurrido seis meses desde nuestro primer beso en este mismo lugar pero sigo teniendo una cita contigo. Nunca habría imaginado acabar en semejante estado. Deben de haberme castigado por algo que ignoro, debo de estar expiando alguna otra cosa, eso es, de no ser así no comprendo por qué iban a someterme a semejantes pruebas. Me despierto llorando, lloriqueo al acostarme y, entre ambas fases, me compadezco de mí mismo. Quería ser Laclos y he acabado siendo Musset. El amor es incomprensible. Cuando lo ves en los demás eres incapaz de entenderlo, y todavía menos cuando te ocurre a ti. A los veinte años todavía era capaz de controlar mis emociones, pero hoy ya no tengo ningún poder de decisión. Lo que más me apena es ver hasta qué punto mi amor por Alice ha reemplazado el que sentía por Anne, como si ambas historias fueran vasos comunicantes. Me horroriza haber dudado tan poco. No habrá habido vodevil, ningún dilema entre la «legítima» y la amante, simplemente un ser que ocupa el lugar de otro, sin hacer ruido, sin armar escándalo, como si entrase en mi cerebro de puntillas. ¿Acaso no se puede querer a alguien sin perjudicar a otra persona? Probablemente éste sea el crimen por el cual me toca pagar ahora... Sí, resulta extraño, estoy en la place Dauphine y, no obstante, es en ti, Anne, mi ex mujer, en quien pienso...

Quizás, Anne, quizás algún día, más adelante, dentro de mucho tiempo, nos encontremos en un lugar iluminado; con gente alrededor, con árboles, un rayo de sol, no sé, pajaritos que canten como el día que nos casamos, y entre tanto guirigay nos reconoceremos y recordaremos con nostalgia el tiempo pasado, el de nuestros veinte años, el de nuestras primeras esperanzas, el de las grandes decepciones, la época en la que soñábamos, en la que tuvimos el cielo al alcance de nuestras manos, antes de que nos cayera sobre la cabeza, porque aquel tiempo, Anne, aquel tiempo nos pertenece y nadie podrá robárnoslo jamás.

32. NO LO SÉ

Hubo muchas citas clandestinas en la place Dauphine. Muchas cenas a escondidas en Chez Paul o el Delfino. Incontables horas robadas a la tarde en el Hotel Henri-IV. Al final, el recepcionista nos conocía tanto que nos ahorra su sonrisa y la pregunta fatídica: «¿El señor y la señora no llevan equipaje?», ya que reservábamos nuestra habitación por meses. La habitación 32. Cuando la abandonábamos, olía a amor.

Entre orgasmo y orgasmo, no podía evitar preguntarte:

—Maldita sea, Alice, te amo desde la punta de los pies hasta el último cabello.

¿Dónde vamos a ir a parar?

—No lo sé.

—¿Crees que vas a abandonar a Antoine?

—No lo sé.

—¿Quieres que vivamos juntos?

—No lo sé.

—¿Prefieres que sigamos como amantes?

—No lo sé.

—¿Pero cómo vamos a terminar, maldita sea?

—No lo sé.

—¿Por qué no dejas de decir «No lo sé»?

—No lo sé.

Era demasiado racional. «No lo sé» era una frase que iba a escuchar a menudo, intuía que valía más que me fuera acostumbrando a ella.

Sin embargo, a veces ocurría que perdía toda mi sangre fría.

—¡Déjalo! ¡DÉJALO!

—¡Para! ¡DEJA DE PEDÍRMELO!

—¡Haz como yo y divórciate! ¡MIERDA!

—Eso nunca. Me asustas demasiado, siempre te lo he dicho. Nuestro amor es hermoso porque es imposible, lo sabes muy bien. El día en que esté disponible, dejarás de estar enamorado de mí.

—¡FALSO! ¡FALSO! ¡ES ABSOLUTAMENTE FALSO!

Pero, en mi fuero interno, yo temía que estuviera diciendo la verdad. Los sordos dialogaban mejor que nosotros.

33. LA DES-CRISTALIZACIÓN IMPOSIBLE

De todos modos, debería explicaros cómo me morí. ¿Os acordáis de *Rebelde sin causa*, con James Dean? En aquella película, una pandilla de jóvenes cretinos se divierte circulando a toda pastilla, en coche, hacia un precipicio. Le llaman «chicken run» (la «carrera de los cobardes»). El juego consiste en frenar lo más tarde posible. El que frena más tarde es el más macho de la pandilla. Digamos que el tamaño de su kiki es proporcional al lapso que va a dejar transcurrir antes de frenar. Por supuesto, el invento no falla: uno de esos idiotas acaba su carrera en el fondo del acantilado, dentro de un Chevrolet convertido en un compacto amasijo de chatarra. Pues bien, cuanto más avanzábamos Alice y yo en nuestra aventura, más nos dábamos cuenta de que éramos como esos rebeldes sin causa. Acelerábamos hacia un precipicio, pisando el pedal. Entonces todavía no sabía que sería yo el cretino que iba a frenar demasiado tarde.

Cuando llevas una doble vida, la regla básica es no enamorarte. Te ves en secreto, por puro placer, para evadirte, para estremecerte. Te sientes como un héroe sin demasiado esfuerzo. ¡Pero los sentimientos no tienen nada que ver en el asunto! No hay que mezclar las cosas. Acabaríamos confundiendo el placer con el amor. Correríamos el riesgo de no saber dónde empieza lo uno y termina lo otro.

Si Alice y yo caímos en esa trampa fue por una razón muy sencilla: cuanto más enamorado estás, más agradable es hacer el amor. A las mujeres eso les hace sentir que los preliminares duran más, y a los hombres que transcurren más deprisa. Eso fue lo que nos perdió. Teníamos gustos caros. Interpretamos la comedia del romanticismo sólo para poder disfrutar más. Y acabamos por creérnosla. En amor, no existe mejor método que el de la autosugestión consciente: lástima que sólo funcione en una dirección. Una vez ha cristalizado, es demasiado tarde para volver atrás. Creíamos estar interpretando nuestro papel, y estábamos en lo cierto, pero estábamos jugando con fuego. Nos encontramos en el vacío del precipicio, como esos personajes de dibujos animados que miran al espectador, y luego el vacío debajo sus pies, y luego, de nuevo a los espectadores, antes de caer definitivamente. «¡Esto es todo, amigos!»

Recuerdo que cuando Anne y yo estábamos separados, fueran cuales fueran las fiestas a las que acudía, sólo me tropezaba con gente que me preguntaba con un rictus hipócrita dónde estaba Anne, qué era de Anne, por qué no había venido Anne, y cómo le iban las cosas a Anne. Tenía varias respuestas, a elegir:

—Trabaja hasta muy tarde.

—Ah, ¿no está aquí? Precisamente la estaba buscando, he quedado con mi mujer.

—Entre nosotros, ha hecho bien en no acudir a esta mierda de fiesta: debería haberle hecho caso, tiene un sexto sentido para detectar los planetes malos, ah, perdón, tú eres el anfitrión...

—¿Anne? ¡Estamos tramitando el divorcio! Ja, ja. Es broma.

—Trabaja demasiado.

—Todo va bien: tengo permiso hasta la medianoche.

—Está en un seminario de trabajo con la selección de fútbol del Congo.

—¿Anne? ¿Anne qué? ¿Marronier? ¡Qué coincidencia, tenemos el mismo apellido!

—Anne está en el hospital... Un accidente terrible... Entre gritos de dolor insoportable, me ha suplicado que me quedara a su lado, pero por nada del mundo me habría perdido esta simpática velada. ¿No te parece que estos huevos de salmón están exquisitos?

—Por otro lado, con lo que está trabajando, pronto estaré forrado.

—El matrimonio es una institución que no funciona como es debido.

—¿Dónde está Alice? ¿Conoces a Alice? ¿No habrás visto a Alice? ¿Crees que Alice vendrá?

En cambio, cada vez que oía el nombre de «Alice» pronunciado en alguna parte, me sentaba como una puñalada.

—Queridos amigos, ¿tendríais la bondad de no pronunciar ese nombre en mi presencia, por favor?

Gracias de antemano, Yo.

El paraíso son los demás, pero no hay que abusar de él. Oía cada vez más comentarios maledicentes que hacían referencia a Anne y a mí. Por supuesto, tachaba los que hablaban de mí: ya circulaban mucho antes de ser verdad. No era ningún ingenuo respecto a la envidia de la gente y a la superficialidad de los noctámbulos, pero de ahí a meterse con Anne, casi sentí asco. En mi caso, si salía de noche, era para que mi vida se ralentizara. Porque no soportaba que la existencia pudiera detenerse a las ocho de la noche. Quería robar horas de existencia a los que se acostaban temprano. Pero esta vez era demasiado. Ya no volvería a salir. Me daba cuenta de que odiaba a toda esa gente que se alimentaba de mi desgracia. Yo también había sido como ellos, un carroñero. Pero se había acabado: ya no me hacía gracia. Esta vez quería aprovechar mi oportunidad, siempre y cuando fuera posible. Tendrían que apañárselas sin mí. Me fui de las revistas en las que escribía crónicas de sociedad.

Adiós, falsos amigos del mundillo parisino, no os echaré de menos. Continúad sin mí vuestro lento proceso de putrefacción, no os lo reprocharé, al contrario, os compadezco. Aquí lo tenéis, el gran drama de nuestra sociedad: ni siquiera los ricos son dignos de envidia. Son gordos, feos, vulgares, sus mujeres son adictas a los *liftings*, van a la cárcel, sus hijos se drogan, tienen gustos horrores, posan para *Gala*. Los ricos de hoy han olvidado que el dinero es un medio, no un fin. Ya no saben qué hacer con él. Cuando eres pobre, por lo menos puedes pensar que todo podría

arreglarse con dinero. Pero cuando eres rico, no puedes pensar que con una nueva casita en el Midi, otro coche deportivo, un par de zapatos de doce mil del ala o un maniquí suplementario, todo se arreglará. Cuando eres rico, ya no hay excusas. Esa es la razón por la cual todos los millonarios toman Prozac: porque ya no hacen soñar a nadie, ni siquiera a sí mismos.

Escribir sobre la vida nocturna era un círculo vicioso del cual me había convertido en prisionero. Pillaba una cogorza tras otra para contar la última vez que había pillado una cogorza. Se acabó, afrontemos finalmente la luz del día. Veamos, ¿qué artículos podría escribir un parásito en paro? Imaginad al conde Drácula en pleno día: ¿a qué podría dedicarse? ¿En qué se reciclan los chupasangres?

Y así fue como me convertí en crítico literario.

34. LA TEORÍA DEL ETERNO RETORNO

Cuando les comunico mi ruptura a mis padres (divorciados en 1972), intentan hacerme entrar en razón. «¿Estás seguro?» «¿Seguro que no tiene vuelta atrás?» «Piénsatelo bien.» El psicoanálisis tuvo una influencia considerable en los años sesenta; sin duda, eso explica por qué mis padres están convencidos de que tienen la culpa de todo. Están mucho más preocupados que yo: por eso ni siquiera les hablo de Alice. Con una catástrofe, ya es suficiente. Serenamente, les explico que el amor dura tres años. Discrepan, cada uno a su manera, pero no resultan demasiado convincentes. Su amor no duró mucho más. Me quedo pasmado al escucharles revivir su historia a través de la mía. No me puedo creer que mis padres hayan esperado tanto, pensado tanto, y, finalmente, hayan creído que yo sería diferente de ellos.

Estamos en este mundo para volver a vivir los mismos acontecimientos que nuestros padres, en el mismo orden, del mismo modo que ellos cometieron los mismos errores que sus padres, y así sucesivamente. Pero no pasa nada. Lo peor es cuando uno mismo vuelve a cometer las mismas estupideces una y otra vez. Y, no obstante, ése es mi caso.

Vuelvo a meterme en el mismo atolladero cada tres años. Una y otra vez, vuelvo a experimentar un perpetuo *déjà-vu*. Mi vida se repite. Debo de estar programado en bucle, como un compact-disc cuando vuelves a presionar la tecla «repeat». (Me gusta compararme a máquinas, ya que las máquinas son fáciles de reparar.) No se trata de un chiste recurrente, sino de una pesadilla totalmente real: imaginad una atroz montaña rusa con loopings nauseabundos y caídas vertiginosas. Te embarcas una vez y ya tienes suficiente. Bajas del tiovivo gritando: «¡Oh! ¡He estado a punto de vomitar la primera papilla tres veces, no me volverán a ver el pelo!» Pues a mí, me vuelven a ver el pelo. Estoy abonado al Tobogán Infernal. Vivo en un permanente Dragon Kahn.

Por fin comprendo la frase de Camus: «Hay que imaginar a Sísifo feliz.» Quiso decir que uno repite toda su vida las mismas estupideces pero que puede que la felicidad consista precisamente en eso. Tengo que agarrarme a esta idea. Amar tu infelicidad, ya que es rica en golpes de efecto.

Un sueño. Empujo mi roca hasta el boulevard Saint-Germain. La aparco en doble en fila. Un agente de policía me pide que circule, de no ser así se verá obligado a ponerle una multa a mi roca. Tengo que desplazarla y, de repente, se me escapa y empieza a rodar por la rue Saint-Benoît, cada vez más deprisa. He perdido el control: hay que recordar que, de todos modos, el bloque de granito pesa seis toneladas. Al llegar a la esquina de la rue Jacob, se estrella contra un pequeño coche deportivo. ¡Ay! El capó, la puerta y el monín que conducía resultan triturados. Tengo que rellenar el parte ante su viuda, una mujer sexy hecha un mar de lágrimas. Le muerdo

el hombro. En la casilla correspondiente a la matrícula, escribo: «S.I.S.I.F.O» (modelo de segunda mano). Y vuelvo a subir por la rue Bonaparte, empujando mi roca, sudando sangre y agua, centímetro a centímetro, para, finalmente, dejarla en el parking de Saint-Germain-des-Prés. Mañana, el mismo circo volverá a empezar. Hay que imaginarme feliz.

35. SUAVE ES LA NOCHE

Desde que decidí acabar con la noche, salgo cada noche; bien tengo que despedirme. Empieza a saberse que estoy solo. Un soltero omnisexual de mi edad, en París, en 1995, resulta tan difícil de encontrar como un indigente en el Palace Hotel de Gstaad. La gente no es consciente de que me estoy muriendo de pena porque siempre he sido bastante flaco, incluso cuando las cosas me iban bien. Me dejo ver un poco por todas partes, luciendo mi desesperación. Esta noche, una vez más, Alice me ha comunicado que ya no podía mentirle más a su marido y que me abandonaba. Por regla general, suele abandonarme el viernes por la noche para no sentirse culpable durante el fin de semana, y luego me vuelve a llamar el lunes por la tarde. Así que telefoneé a Jean-Georges para preguntarle si quería que llevase vino para la cena o algo de postre.

Decidí engañar a Alice con su mejor amiga. Julie no se hizo de rogar para acompañarme a la cena: le conté que estaba fatal y comprobé que ninguna mujer se resiste cuando el hombre de su mejor amiga le dice que está fatal. Eso debe de reavivar en su fuero interno el sentido del deber, la sacrificada enfermera, la Hermanita de los Pobres latente que llevan dentro.

Julie es muy sexy, ése es su mayor problema. Se queja a todas horas de que los chicos no se enamoran de ella. Es cierto que tienen una desagradable tendencia a querer acorralarla para efectuar sobre ella una palpación mamaria, incluso global. No la respetan demasiado pero también es culpa suya: ninguna ley la obliga a llevar siempre camisetas talla de niña de ocho años que terminan a ras de su ombligo decorado con un dorado piercing.

—Si no cedieras enseguida, quizás se enamorarían. Los tíos son como los pimientos. Hay que dejarlos macerar.

—¿Me estás diciendo que me recomiendas tratar a los tíos como Alice te trata a ti?

Y parecía tonta, Julie.

—Bueno... Bien mirado, no. Pórtate bien con los chicos, mejor compadecerse de ellos, son criaturas frágiles.

Jean-Georges se lo ha montado bien. En su casa, las almas serenas charlan en un ambiente armónico. La agresividad es desterrada de su domicilio, pese a que rebosa de artistas famosos. Actores, cineastas, modistos, pintores, e incluso artistas que todavía no saben que lo son. He comprobado que cuanto más talento tienen las personas, más amables son. Este es un principio infalible. Con Julie, nos sentamos en un sofá a comer canapés.

—¿Hace mucho que lo conoces, a Jean-Georges? —me pregunta.

—Desde siempre. No te fíes de las apariencias: esta noche apenas si me dirige la

palabra, pero es mi mejor amigo, en fin, una de las únicas personas de mi sexo cuya compañía soporto. Somos como maricones que no se acuestan juntos.

—Entonces —susurra, enderezando la espalda, lo cual le permite exhibir ante mis narices sus dos globos de carne—, ¿me cuentas qué te pasa?

—Alice me ha dejado, mi mujer también, y mi abuela ha muerto. No sabía que uno pudiera llegar a sentirse tan solo.

Mientras me lamento, voy avanzando en el sofá. En una fiesta, seducir consiste básicamente en reducir distancias. Hay que conseguir ganar terreno, centímetro a centímetro, sin que se note demasiado. Si ves a una chica que te gusta, hay que acercarse (a dos metros). Si a esa distancia te sigue gustando, te pones a hablar con ella (a 1 metro). Si tus chorradas la hacen sonreír, la invitas a bailar o a tomar una copa (a 50 centímetros). Luego, te sientas a su lado (a 30 centímetros). Cuando sus ojos empiecen a brillar, deberás colocar cuidadosamente un mechón de pelo rebelde detrás de su oreja (a 15 centímetros). Si permite que le toques el pelo, háblale acercándote un poco más (a 8 centímetros). Si notas que su respiración se acelera, pega tus labios a los suyos (a 0 centímetros). Evidentemente, el objetivo de toda esta estrategia consiste en lograr una distancia negativa producida por la penetración de un cuerpo extraño en el interior de la persona en cuestión (aproximadamente 12 centímetros según la media nacional).

—Soy más desgraciado que una piedra —retomo, reduciendo la distancia que me separa de lo irreparable—. No, mucho más desgraciado que una piedra, porque nadie abandona a una piedra y porque las piedras no mueren.

—Sí..., es duro... O sea, estás flipando.

Empiezo a preguntarme qué le habrá visto Alice a esta encantadora idiota. Me habrán informado mal. No puede ser su mejor amiga. Sin embargo, prosigo con mi numerito.

—En fin... No hay escritores felices... Sólo tengo lo que me merezco.

—¿Ah, sí? ¿Por qué lo dices? ¿Escribes libros? ¿Creía que organizabas fiestas?

—Bueno... Sí, es cierto, pero publiqué, bueno, hace un tiempo, algunos textos aquí y allá, a trompicones —digo, mirándome las uñas—. *Viaje al fin de Cualquier Cosa*, quizás te suena.

—Eh...

—Pues lo escribí yo. También soy el autor de *La insoportable Inutilidad del Ser*, y en estos momentos estoy preparando *Las desventuras del joven Marronnier...*

—¿Y cuándo será tu próxima fiesta? Me enviarás una invitación, ¿verdad?

Algunas chicas tienen una mirada tan vacuna que, de pronto, tienes la sensación de ser un tren cruzando la pradera. Pero tengo que hacer un esfuerzo, si me lío con ella, Alice se morirá, hay que resistir, cueste lo que cueste.

—Sabes, Julie, el principal interés del divorcio es que te permite lavarte las

manos sin que el dedo se te enganche en la pastilla de jabón...

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Sí, a causa del anillo.

—Ah... ya entiendo... Eres muy gracioso.

—¿Tienes novio en este momento?

—No. Bueno, sí, varios. Pero ninguno serio.

—Sí, igual que yo.

—No, tú estás enamorado de Alice.

—Sí, sí, pero no es tan sencillo. Creo que mi problema es que me enamoro pero no consigo permanecer enamorado.

En ese preciso instante, me situó a una distancia milimétrica de su boca, que parece una orla. Me pregunto si no habrá un poco de colágeno en su labio superior. Estoy a punto de llegar a una conclusión cuando ella se da la vuelta y me ofrece su mejilla. Mi gozo en un pozo.

Se acabó. Basta de historias. Me levanto y la dejo en el sofá. Pobre criatura, comprendo por qué los tíos la tratan como una maquinilla de afeitar desechable. De todos modos, aunque me tirara a esta tía delante de ti, Alice, te importaría un comino (es más: probablemente te excitaría). Sólo te quiero a ti, alguna vez tendrás que admitirlo, aunque no quieras cambiar nada de tu vida. En esta ciudad hay un tío que te quiere y que sufre, te guste o no. Repetírtelo será mi mejor modo de hacerte ceder. Seré tu amante paciente, persistente tortura, inmóvil tentación. Llámame Tántalo.

Unas horas más tarde, mientras hojeaba una vieja edición de bolsillo de *Suave es la noche* sentado en el suelo de la cocina, Julie flirteaba con un padre y su hijo, desencadenando una hermosa batalla familiar. Aquel fin de semana pillé una borrachera del copón. No salimos de casa de Jean-Georges en tres días. Nos alimentamos exclusivamente a base de Chipsters y de Four Roses. Sólo escuchamos un disco: *Rubber Soul*, de los Beatles. En un momento dado, creo recordar que Julie compuso una canción al piano. Yo me levantaba cada tres horas para volver a beber, ya que, por más que se diga, la mejor manera de no echar de menos algo es olvidarlo.

36. FREE-LANCE

Vivo instalado en la espera. Eso tiene la ventaja de calmarme. Lleno mi Desierto de los Tártaros con lo que tengo más a mano. Así por ejemplo, acaban de encargarme que busque lema para el lanzamiento de un perfume femenino: Hypnose de David Copperfield, Las Vegas. La tarifa es de cincuenta mil francos (la mitad si la idea no se vende). Se trata de encontrar una frase corta, provocadora, potente, que se refiera al beneficio consumidor y, al mismo tiempo, deje clara, y de un modo positivo, la «reason why». Hablando en plata, explicar que este perfume permitirá a las mujeres (el objetivo) seducir a los hombres (el objetivo del objetivo), pero no sólo por una noche: por una pasión eterna y duradera, y eso gracias al saber hacer de su fabricante. Tras una semana de reflexión, les propongo la siguiente lista:

En lugar de casarte, ponte Hypnose de Copperfield.

Hypnose de Copperfield. No es un perfume, es un número de magia.

Hypnose de Copperfield. Perfume para esta noche, y mañana por la noche, y todas las demás noches.

Hypnose de Copperfield. Esconde una historia de amor en un doble fondo.

Ponte Hypnose y deja actuar toda una vida.

Hypnose de Copperfield. Este perfume tiene truco.

Hypnose: el perfume que produce amnesia.

Hypnose de Copperfield. Luego, fingirás que no te acuerdas de nada.

La reunión va fatal. Nadie está satisfecho, ni siquiera yo. Les escucho, abandono París por la tarde para trasladarme a Verbier (Suiza), una estación de esquí del Valais. Desde allí, después de tres semanas de trabajo, envío por fax el eslogan que ya conocéis y que, en un año, ha convertido este producto en líder mundial de las fragancias vendidas en «food»:

HYPNOSE DE COPPERFIELD. SI NO, EL AMOR DURA TRES AÑOS.

37. UN CÍNICO DE NOVELA ROSA

Estoy aquí, como cada noche, en el último rincón del mismo café, buscando una solución. Por más que me repita que estoy muerto, sigo estando vivo. He estado a punto de morir muchas veces: atropellado por un coche (pero lo esquivé por los pelos), tirándome al vacío de un edificio (pero logré agarrarme a las ramas de un árbol), contaminado por un virus (pero me puse un preservativo). Lástima. Morir me habría venido la mar de bien. Antes de mi descenso a los infiernos, la muerte me asustaba. Hoy me liberaría. Es más: no consigo comprender por qué a la gente la entristece tanto morir. La muerte nos depara más sorpresas que la vida. En adelante, espero el día de mi muerte con impaciencia. Me encantaría abandonar este mundo y saber finalmente qué hay más allá. Los que temen a la muerte no son serios.

Mi problema es que tú eres la solución. Son las personas más cínicas y las más pesimistas las que se enamoran más violentamente, ya que eso les conviene. Mi cinismo tenía prisa en ser desmentido. Los que critican el amor son sobre todo aquellos que más lo necesitan: en el fondo de todo Valmont hay un incorregible romántico que está pidiendo a gritos sacar su mandolina.

Y no hay vuelta de hoja, ya está, vuelta a empezar, la trampa vuelve a cerrarse, la maquinación se pone en marcha. Vuelvo a desear una casa grande con un soleado jardín, o la melodía de la lluvia sobre el tejado al final de la jornada, ganas de recoger un ramo de violetas, soledad junto a ella, lejos de la ciudad para hacer el amor una y otra vez, hasta reventar de alegría, hasta llorar de placer, caricias para consolarse de estar tan bien juntos, melón helado y jamón de Parma, Florencia, Milán, mientras haya tiempo...

38. CORRESPONDENCIA (III)

Cuarta carta a Alice:

«Querida avestruz:

Pienso en ti a todas horas. Pienso en ti por la mañana, caminando entre el frío. Camino despacio a propósito para poder pensar en ti durante más tiempo. Pienso en ti por la noche, cuando te echo de menos en medio de las fiestas, en las que me emborracho para pensar en otra cosa que no seas tú, con el efecto contrario. Pienso en ti cuando te veo y también cuando no te veo. Me gustaría tanto hacer otra cosa que pensar en ti, pero no lo consigo. Si conoces algún truco para poder olvidarte, házmelo saber.

Acabo de pasar el peor fin de semana de mi vida. Nunca había echado de menos tanto a alguien. Sin ti, mi vida es una sala de espera. ¿Hay algo más horrible que una sala de espera de hospital, con sus luces de neón y el linóleo del suelo? ¿Es humano hacerme esto? Además, en mi sala de espera, estoy solo, no hay otros heridos graves con sangre derramándose para tranquilizarme, ni revistas sobre la mesita para entretenerme, ni distribuidores de tiques numerados para esperar que mi espera llegue a su fin. Me duele mucho el estómago y nadie me cura. Estar enamorado es eso: un dolor de estómago cuyo único remedio eres tú.

Alice. Ignoraba que este nombre tendría tanto protagonismo en mi vida. Había oído hablar de la infelicidad y no sabía que se llamaba Alice. Alice, te quiero. Dos sintagmas inseparables. No te llamas Alice, te llamas “Alice-te-quiero”.

Tu Marc muy desanimado.»

Como estaba previsto, Alice volvió a llamarme el lunes. Me confesó que estaba loca por mí, y me prometió que nunca más volveríamos a separarnos. La desnudé suavemente en un apartamento prestado por un amigo. Decir que nuestro reencuentro fue agradable es decir poco. Aquella tarde de placer podría servir de muestra en Sèvres en la sección «placer sexual de muy alto nivel entre dos seres humanos de sexos complementarios». Luego, contrariamente a su promesa, me dejó hacia las nueve de la noche, agotada, y volví a encontrarme solo, dispuesto a enfrentarme al paso de las horas.

39. EL DESCENSO CONTINÚA

Mejor que os avise de antemano: no parece claro que esta historia tenga un final feliz. Las últimas semanas constituyen los más tristes y magníficos recuerdos de mi vida, y nada me permite pensar que la situación no vaya a prolongarse. Por más que intente forzar el destino, éste no está hecho de barro.

El fin del mundo tuvo lugar la semana pasada. Alice me telefoneó para decirme que se marchaba de vacaciones con Antoine para intentar arreglar las cosas. Esta vez, se acabó de verdad. Colgamos sin siquiera decirnos adiós. Mi amor es Hiroshima. Para que veáis cuáles son los destrozos que puede llegar a causar la pasión: uno casi acaba citando a Marguerite Duras.

Observo cómo una mosca se golpea contra la ventana de mi cuarto y pienso que se parece a mí: hay un cristal entre ella y la realidad.

La doble vida es el lujo de los esquizofrénicos. Alice tiene la mantequilla y el dinero de la mantequilla: la pasión prohibida conmigo, y su pequeño mundo confortable con su marido. ¿Por qué tener una sola vida si se pueden tener varias? Ella cambia de tío como se cambia de canal de televisión (espero, por lo menos, que yo sea «Eurosport»).

Se acabó. S.E. A.C.A.B.Ó. Resulta increíble que pueda escribir estas siete letras con tanta facilidad, cuando resulta que soy incapaz de aceptarlas. A veces, atravieso crisis de megalomanía: si ella no me quiere, me convengo a mí mismo, ¡pues yo tampoco la quiero ya! ¿Que no está a mi Altura? ¡Peor para esa estúpida! Pero semejantes sobresaltos de orgullo no suelen durar, ya que no tengo un instinto de supervivencia demasiado desarrollado.

Os ruego que me disculpéis, los escritores son seres lastimeros, espero no aburriros demasiado con mi dolor. Escribir es quejarse. No existe demasiada diferencia entre una novela y una reclamación en el servicio de correos. Si pudiera actuar de otro modo, no me quedaría encerrado en mi casa escribiendo a máquina. Pero no tengo elección: nunca conseguiré hablar de otra cosa.

Mirad lo que me he convertido... Escribo el mismo libro que los demás... Malentendidos entre enamorados que se buscan para no encontrarse... Abandonas a una mujer por otra que no te corresponde... ¿Qué me está pasando? ¿Qué fue de mis noches decadentes? Me lío con los problemas sentimentales de gente sin ningún interés... Parece el nuevo cine francés... Contemos los problemas de gente que no tiene problemas... Pero es la primera vez que experimento semejante necesidad física de escribir... Antes, cuando me hablaban de «necesidad», fingía comprender, pero no sabía en absoluto de qué me hablaban... Incluso esta autodenigración es una enésima forma de protección... (Gracias, Drieu, gracias, Nourissier...) No tengo nada más que contar... Un día tenía que salir... Hasta que uno no escribe la novela de su

divorcio no ha escrito nada... Quizás no resulte tan inútil tomar el caso de uno por una generalidad... Si soy banal, puede que sea universal... Hay que huir de la originalidad. Aplicarse en los temas eternos... Basta ya de ironías... Estoy aprendiendo la sinceridad... Siento que en el fondo de esta angustia hay un río que fluye, y que si lograra sacar este manantial a la superficie, podría ayudar a los «felices don nadies» que ya hayan frecuentado un abismo semejante. Me gustaría advertirles, contárselo todo, para que este tipo de desengaño no les ocurriera. Es una misión que me impongo, y me ayuda a ver más claro. Pero no resulta imposible pensar que el río siga siendo eternamente subterráneo...

40. CONVERSACIÓN EN UN PALACIO

Jean-Georges nunca me había visto en este estado. Intenta desesperadamente animar la conversación, como quien le tiende la mano a un náufrago. Estamos en el bar de un gran hotel pero ya no sé de cuál se trata porque los hemos arrasado todos. Le pregunto:

—Escucha, ¿crees que el amor dura tres años?

Me mira con una expresión compasiva.

—¿Tres años? ¡Eso es mucho! ¡Qué horror! ¡Con tres días hay más que suficiente! ¿Quién te ha metido esa estúpida idea en la cabeza, pequeño grumete?

—Al parecer se trata de una cuestión hormonal, quiero decir, bioquímica, o sea... Al cabo de tres años, se acabó, no hay nada que hacer. ¿No te parece triste?

—De eso nada, monada. El amor dura lo que tiene que durar, me da lo mismo. Pero si quieres que dure, creo que es necesario aprender a aburrirse. Hay que encontrar a la persona con la que tengas ganas de aburrirte. Ya que la pasión eterna no existe, busquemos por lo menos un tedio agradable.

—Sí, quizás tengas razón... ¿Crees que un día acabaré corriendo detrás de apariciones?

—Sí, pequeñín. Te tomas el problema al revés. Cuanto más buscas sentirte apasionado, más decepcionado te sientes cuando la cosa termina. Lo que hay que hacer es buscar el aburrimiento, así siempre te sorprenderá no estar muriendo te de asco. La pasión no puede ser «institucional», el aburrimiento debe ser lo normal, y la pasión la guinda del pastel. Ya sabes, el miedo al aburrimiento...

—Ya, se convierte en odio hacia uno mismo... Lo sé, me lo has repetido miles de veces... Pfff... Cuando veo a todas esas parejas de amigos que se odian, se aburren, se engañan, se pelean y permanecen juntos para que su matrimonio dure, no lamento haberme divorciado... Por lo menos, yo conservaré un buen recuerdo de mi historia.

—Mi pequeño granuja, no te estoy hablando de Anne sino de Alice. Fantaseas con ella cuando ni siquiera la conoces. Esa es tu enfermedad: amas a alguien a quien no conoces. ¿Crees que la soportarías si tuvieras que vivir con ella? No estés tan seguro: lo que os excita es no poder estar juntos. Yo, en tu lugar, volvería a llamar a Anne.

—¿Jean-Georges?

—¿Dime, cariñín?

—No digas tonterías. ¿Nos tomamos otro par de copas?

—OK, tú pagas.

—Jean-Georges, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Adelante.

—¿Tú nunca has sufrido mal de amores?

—No, ya lo sabes. Nunca he estado enamorado. Ésa es mi gran desgracia.

—A veces me das envidia. Yo nunca he conseguido PERMANECER enamorado, que es peor.

Su silencio me ha hecho lamentar haberle hecho esta pregunta. Una nube vela su desviada mirada. Su voz se vuelve más grave:

—Deja de intercambiar los papeles, cabroncete. Yo soy el que te envidia, lo sabes perfectamente. Yo sufro desde que nací. Tú descubres ahora un dolor que me encantaría conocer. Cambiemos de tema, si no te molesta.

Ya está, mi desgracia es contagiosa. Ahora somos dos los que estamos tristes, menudo negocio.

—¿Crees que soy un cabrón?

—No, claro que no. Estás pasando por tu fase de aprendizaje, sólo eres un pequeño aficionado, bizcochito mío. Aún tienes que progresar. En cambio...

—¿En cambio qué?

—En cambio, eres un auténtico mariconazo y ahora mismo te voy a dar por el pequeño orificio.

En ese momento, el muy cabrón me agarra y rodamos por el suelo volcando la mesa, las copas y los sillones entre una gran carcajada, mientras el camarero busca frenéticamente en el listín telefónico las urgencias psiquiátricas del Hospital Sainte-Anne.

41. CONJETURAS

Entonces ocurrió algo terrible: empecé a dormir con los calcetines puestos. Tenía que reaccionar si no quería acabar bebiéndome mi propia orina. Daba vueltas en la cama pensando en lo que le había dicho a Jean-Georges. ¿Y si tuviera razón? Tenía que llamar a Anne. Después de todo, ya que Alice no me quería, puede que divorciarme fuera un error. No todo estaba perdido: mucha gente vuelve a enamorarse de su esposo a la mañana siguiente de haberse divorciado. Sin ir más lejos: Adeline y Johnny. No, este ejemplo no sirve. Veamos, Liz Taylor y Richard Burton. Tampoco es mucho mejor que digamos.

Podría recuperar a Anne. Hay que recuperar a Anne. Todo era recuperable. No lo habíamos intentado todo. Íbamos a intentarlo todo. A base de no hablarnos por respeto el uno al otro, nos habíamos dejado sin decirnos nada. Volveríamos a estar juntos, pronto volveríamos a reír evocando nuestra separación. Peores momentos habíamos pasado.

No, pensándolo bien, no habíamos pasado peores momentos. En otros tiempos los matrimonios resistían este tipo de malos tragos. La sociedad en la que hemos nacido se fundamenta en el egoísmo. Los sociólogos lo llaman individualismo, aunque existe una palabra más simple: vivimos en la sociedad de la soledad. Ya no hay familias, ya no hay pueblos, ya no hay Dios. Nuestros antepasados nos han librado de todas estas opresiones y en lugar de eso han encendido la televisión. Estamos abandonados a nosotros mismos, incapaces de interesarnos por nada excepto nuestro propio ombligo.

Pese a todo, decidí trazar un plan. Esperaba no tener que llegar a este extremo, pero la partida de Alice de vacaciones con su marido merece una respuesta nuclear. Esta vez echaremos la dignidad al río. Mi plan consiste en llamar a Anne. Descuelgo el teléfono con una sonrisa que me gustaría que fuera maquiavélica y que sólo consigue ser de turbación.

42. LA ESTRATEGEMA CONMOVEDORA

—¿Cuánto tiempo hacía que no nos veíamos? —le pregunté a Anne, moviendo un poco la mesa del restaurante para que pudiera sentarse. Antes, nos gustaba cenar el uno al lado del otro en esta misma brasserie, pero antes era antes, y esta noche cenamos el uno frente al otro.

Ella me mira con curiosidad antes de responder:

—Cuatro meses, una semana, tres días, ocho horas y —lo dice comprobando su reloj— dieciséis minutos.

—Y cuarenta y tres segundos, cuarenta y cuatro, cuarenta y cinco...

Empezamos llenando la conversación con todas esas cosas que permiten evitar lo esencial: nuestro trabajo, nuestros amigos, nuestros recuerdos. Como si todo lo que ha pasado no hubiera ocurrido. Pero Anne se da perfecta cuenta de que no soy feliz, y la hace infeliz comprobar que ella no es la causa de dicha infelicidad. Cuando llega el postre, nerviosa, se muestra un poco agresiva conmigo:

—Bueno, no creo que me hayas invitado a cenar para contarme historias de viejos amigos. ¿Qué querías decirme?

—Bueno... Quedan algunas cosas tuyas en casa y me preguntaba si querrías pasar a recogerlas. Y, al mismo tiempo, bueno, podríamos aprovechar para pasar el fin de semana juntos y ver si...

—¿Cómo? ¿Estás mal de la cabeza o qué? ¡Estamos divorciados, querido! ¡Me doy perfecta cuenta de que no es de mí de quien estás enamorado, y además, mierda, no soy un juguete del que puedas disponer cuando quieras!

—¡Shhh! No hables tan fuerte...

Me dirijo a nuestros vecinos de mesa.

—Estamos divorciados, acabo de proponerle pasar un fin de semana juntos y se ha negado. Ya está, ya lo saben todo. ¿Pueden dejar de escuchar, ahora? ¿O es que su vida con ese petardo que tiene delante es tan sumamente birriosa que necesita escuchar las vidas de los demás?

El vecino se levanta, yo también, nuestras mujeres intervienen para separarnos, en resumen: que este libro tiene acción. Luego pago la cuenta y salimos del restaurante. Fuera, todavía es más de noche que hace un rato. En la calle, damos algunos pasos riéndonos. Le pido perdón. Me dice que vale. Parece aceptar esta ruptura mejor que yo.

—Marc, es demasiado tarde. Hemos llegado a un punto de no retorno. Estoy enamorada de otra persona, y tú también: no tenemos nada más que hacer juntos.

—Lo sé, lo sé, soy ridículo... Pensé que podríamos volver a intentarlo... ¿Seguro que no quieres que te acompañe?

—No, gracias, tomaré un taxi... Marc, te daré un consejo para tus relaciones con

tus próximas mujeres. Tienes que aprender a ponerte en su lugar.

Y de repente, en el momento de separarnos, la emoción va en aumento. Nos aguantamos las lágrimas, pero las derramamos en el interior de nuestros rostros. No volveré a escuchar su risa de niña. Mi sucesor podrá gozar de ella en mi lugar, si es que la hace reír. Anne se ha convertido en una extraña. Nos despedimos para seguir nuestro camino, cada uno por su lado. Ella sube al taxi, cierro suavemente la puerta, ella me sonrío desde el otro lado de la ventanilla, y el coche se aleja... En una hermosa película, yo me pondría a correr detrás del taxi bajo la lluvia, y nos fundiríamos el uno en los brazos del otro en el siguiente semáforo. O sería ella la que cambiaría de opinión, de repente, y le suplicaría al taxista que detuviera el coche, como Audrey Hepburn/Holly Golightly al final de *Desayuno con diamantes*. Pero no estamos en una película. Estamos en la vida, donde los taxis siguen circulando.

Dejas la casa de tus padres, y luego, a veces, la casa de tu primer matrimonio, y siempre experimentas la misma pena, la de sentirte, de una vez por todas, huérfano.

43. EPISODIO MEZQUINO

Los esposos cenan, los amantes almuerzan. Si ves a una pareja en un bar al mediodía, intenta sacarles una foto y te echarán la bronca. Intenta lo mismo con otra pareja, por la noche: la pareja te sonreirá y posará para tu flash.

Recién llegada de sus vacaciones conyugales, Alice volvió a llamarme. Tras ponerme en su lugar, imaginando lo que podía ocurrir dentro de su cabeza, le propuse fríamente comer juntos, los dos solos.

—Llevaré un proyector de diapositivas.

No le hizo gracia, lo cual me vino de perlas, ya que no pretendía ser gracioso. Desde su llegada, me jura que ha sido horrible, me certifica que nunca han hecho el amor, pero la interrumpo:

—No te preocupes. Pasaré este fin de semana con Anne.

Todos sabemos que es falso, menos Alice, que acaba de recibir un misil Scud en toda la jeta.

—Ah.

—Así que —retomando el curso de la conversación yo—, ¿qué tal el viaje?

Alice me pega una bofetada y, sin embargo, es ella la que se pone a llorar. Últimamente colecciono las cenas melodramáticas. Una suerte: en esta ocasión no tenemos vecinos de mesa. Mala suerte: incluso Alice se va. El restaurante no estará demasiado animado. Por más que me regodee en mi venganza, «permanezco solo con mi corazón lleno de limosnas» (Paul Morand), y vuelvo a beber hectolitros, hasta que no puedo mantenerme en pie, ni siquiera sentado. Otra cena sin comer nada. La venganza es un plato que no se come.

Lo sorprendente no es que nuestra vida sea una obra de teatro, sino que haya tan pocos personajes.

44. CORRESPONDENCIA (IV)

Una semana más tarde

Última carta a Alice:

«Amor mío:

El fin de semana con Anne no sirvió para nada. No hablemos más de ello. Como tú, quería tomar una decisión, estar seguro de haber elegido bien. Perdón por haberte hecho esto. También quería que sintieras hasta qué punto sufrí durante tus vacaciones. Es idiota, lo sé. Porque nunca sabrás hasta qué punto me hiciste daño.

Alice, estamos hechos el uno para el otro. Es terrible. Contigo todo es hermoso, incluso tú. Pero tu miedo me da miedo. Me resulta imposible no ser el único hombre de tu vida. Odio tu pasado, que entorpece mi porvenir.

Me gustaría que todo este dolor sirviera para algo. ¿Por qué no confías en mí? ¿Por qué estoy loco? Esto no debería ser un reproche ya que tú también estás loca. ¿Crees que sólo nos queremos porque es complicado? En ese caso, vale más que nos dejemos. Prefiero ser infeliz sin ti antes que contigo.

Nuestro amor es indeleble, parece mentira que no te des cuenta. Yo soy tu futuro. Estoy aquí, existo, no puedes seguir viviendo como si yo no existiera. Lo siento. Como dicen los Inconnus: “Es tu Destino.”

No tenemos derecho a rehuir la felicidad. La mayoría de la gente no tiene nuestra suerte. Cuando se gustan, no se enamoran. O cuando están enamorados, en la cama no funcionan. Y cuando en la cama funcionan, no tienen nada que decirse después. Nosotros lo tenemos todo, sólo que, al no estar juntos, no tenemos nada.

Lo que estamos haciendo no tiene perdón. Dejemos de torturarnos. Resulta criminal no apresurarse a ser feliz cuando por fin se presenta la ocasión. Nos comportamos como monstruos con nosotros mismos. ¿Vamos a continuar así durante mucho tiempo? Es innoble causarse tanta pena a uno mismo y a los demás para nada. Nadie nos reprochará el haber aprovechado nuestra suerte.

Esta será mi última carta de verdad. Ya no quiero jugar al gato y al ratón. Me siento abatido, agotado, a tus pies, esperando el tiro de gracia. A partir de cierto nivel de dolor, se pierde todo el orgullo. No te escribo para pedirte que vuelvas: te escribo para avisarte de que siempre estaré aquí. Un gesto tuyo y fundamos una cría de avestruces. Ningún gesto tuyo y yo seguiré aquí, en alguna parte, en el mismo planeta que tú, esperándote. Te quiero locamente, sólo te deseo a ti, sólo pienso en ti, te pertenezco en cuerpo y alma.

Tu Marc, que ha llorado escribiendo esto.»

45. ENTONCES

Entonces cojo mi bolígrafo para decirle que la amo, que tiene la melena más larga del mundo y que mi vida se ahoga dentro de ella, y pobre de ti si te parece ridículo, sus ojos son para mí, ella soy yo, yo soy ella, y cuando ella grita yo también grito y todo lo que haré en adelante será para ella, siempre, siempre se lo daré todo y hasta el día de mi muerte no habrá mañana en la que no me levante por otra cosa que no sea ella y para darle motivos para amarme y besar una y otra vez sus muñecas, sus hombros, sus pechos y entonces me di cuenta de que cuando estás enamorado escribes frases interminables porque ya no tienes tiempo de poner puntos, hay que seguir escribiendo, escribir, correr más deprisa que el propio corazón, y la frase no quiere detenerse, el amor no tiene puntuación, y se derraman lágrimas de pasión, cuando estás enamorado siempre acabas escribiendo cosas interminables, cuando estás enamorado siempre acabas creyéndote Albert Cohen, Alice está conmigo, Alice ha dejado a Antoine, se ha marchado, por fin, y hemos despegado juntos, mental y físicamente, tomamos el primer avión hacia Roma, por supuesto, con varios recorridos, Hotel de Inglaterra, Piazza Navona, Fontana de Trevi, deseos eternos, paseos en Vespa, cuando hemos pedido cascos al hombre que alquila los scooters enseguida se ha hecho cargo de la situación y ha respondido que hace demasiado calor, amor, amor ininterrumpido, tres, cuatro, cinco veces por día, dolor de polla, nunca habías gozado tanto, todo vuelve a empezar, ya no estoy solo, el cielo es de color rosa, sin ti yo no era nada, por fin vuelvo a respirar, caminamos sobre los adoquines, algunos centímetros sobre el suelo, nadie lo ve salvo nosotros, nos desplazamos sobre cojines de aire, sonreímos sin motivo a los romanos, que nos toman por mongólicos, miembros de una secta, la secta de Aquellos que Sonríen en estado de Levitación, todo se ha vuelto tan fácil ahora, un paso delante del otro y es la felicidad para toda la vida la ensalada de tomate con mozzarella sumergida en aceite de oliva y la pasta al parmesano nunca nos acabamos los platos, estamos demasiado ocupados mirándonos a los ojos acariciándonos las manos o excitándonos, creo que hace diez días que no dormimos, diez meses, diez años, diez siglos, el sol en la playa de Fregene tomamos Polaroids como la que Anne encontró en su bolsa en Río, es suficiente respirar y mirarse, es para siempre, para siempre jamás, es increíble, asombroso cómo nos ahoga la alegría de vivir, nunca había experimentado algo así, ¿sientes tú lo mismo que siento yo?, nunca podrás querer tanto como yo te quiero, no, yo soy el que te quiere más que tú, no, sí, yo, no soy yo, está bien, somos nosotros, es tan maravilloso volverse totalmente idiota, corriendo hacia el mar, estabas hecha para mí, cómo expresar con palabras algo tan hermoso, es como si, como si hubiéramos abandonado la noche negra para entrar en una luz deslumbrante, como un subidón de éxtasis que no se detuviera, como un dolor de estómago que desaparece, como la

primera bocanada de aire que inspiras después de haberte aguantado la respiración debajo del agua, como una única respuesta a todas las preguntas, los días pasan como los minutos, todo se olvida, cada segundo volvemos a nacer, no piensas en nada feo, vives en un presente perpetuo, sensual, sexual, adorable, invencible, nada puede afectarte, eres consciente de que la fuerza de este amor podría salvar al mundo, oh, somos espantosamente felices, subes a tu habitación, espérame en el vestíbulo, enseguida vuelvo, y cuando has tomado el ascensor yo he subido corriendo por la escalera y al salir del ascensor soy yo quien te ha abierto la puerta, oh, casi nos hemos puesto a llorar por haber estado separados tres minutos, cuando has mordido un melocotón bien maduro el zumo de la fruta se derramaba sobre tus muslos bronceados oh, mierda, te deseo a todas horas, más y más, mira cómo espermeo tu rostro, oh, Marc, oh, Alice, tengo un orgasmo, es laaaaargo, es inteeeeeenso, no hemos visitado ningún monumento de esta ciudad, ya está, empieza a reírse como una loca, qué he dicho para que te rías así, son los nervios, he gozado tanto que te adoro, amor mío, ¿qué día es hoy?

II. Tres años más tarde en Formentera

1. DÍA J-7

Casa Le Moul. Estoy en Formentera para terminar esta novela. Será la última: termino la trilogía (en la primera, me enamoraba; en la segunda, me casaba; en la tercera, me divorcio y me vuelvo a enamorar. El ciclo se cierra). Por más que intentes innovar en la forma (palabras extrañas, anglicismos, giros extravagantes, eslóganes publicitarios, etc.), y en el fondo (night-clubbing, sexo, droga, rock and roll...), te das cuenta enseguida de que lo único que querías era escribir una novela de amor con frases muy simples, es decir, lo que resulta más difícil.

Oigo el ruido del mar. Por fin ralentizo. La velocidad te impide ser tú mismo. Aquí los días tienen una duración que puede leerse en el cielo. Mi vida parisina carece de cielo. Parir una frase publicitaria, enviar un artículo por fax, atender el teléfono, rápido, correr de una reunión a otra, comer de pie y a toda velocidad, deprisa, deprisa, salir echando leches en scooter para llegar tarde a un cóctel. Mi existencia absurda bien se merecía un frenazo. Concentrarse. Hacer sólo una cosa a la vez. Acariciar la belleza del silencio/Disfrutar de la lentitud. Escuchar el perfume de los colores. Todas esas cosas que el mundo quiere prohibirte.

Todo está por rehacer. Hay que reorganizarlo todo en esta sociedad. Actualmente los que tienen dinero no tienen tiempo, y los que tienen tiempo no tienen dinero. Librarse del trabajo es tan difícil como librarse del paro. El ocioso es el enemigo público número uno. Se ata a las personas con el dinero: sacrifican su libertad para pagar sus impuestos. No hay que andarse con rodeos: el reto del próximo siglo consistirá en suprimir la dictadura de la empresa.

Formentera, pequeña isla... Satélite de Ibiza, en la constelación de las Baleares. Formentera es como Córcega sin bombas, Ibiza sin discotecas, Moustique sin Mick Jagger, Capri sin Hervé Vilard, el País Vasco sin lluvia.

Sol blanco. Paseo en Vespa. Calor y polvo. Flores secas. Mar turquesa. Olor a pinos. Canto de grillos. Lagartijas miedosas. Ovejas que hacen beeee.

—No existe beeeee —les respondo.

Sol rojo. Gambas a la plancha. Vamos a la playa. Estrellas del cielo. Gin con limón. Buscaba sosiego y aquí lo tengo, en un lugar en el que hace demasiado calor para escribir frases largas. Se puede estar de vacaciones en otra parte que no sea el coma. El mar está lleno de agua. El cielo no deja de moverse. Las estrellas desfilan. Respirar el aire debería siempre ser una ocupación de dedicación exclusiva.

Es la historia de un tío que se encierra solo en una isla para terminar un libro. El tío lleva una vida loca, por eso le resulta extraño encontrarse a solas consigo, en plena naturaleza, sin televisión, ni teléfono. En París, tiene prisa, se las da de dinámico, aquí no se mueve en todo el día, sale a pasear por la noche, siempre solo. Barnabooth en Florencia, Byron en Venecia, el panda del zoo de Vincennes son sus modelos. La

única persona a la que saluda es la camarera del San Francisco. El tío lleva una camisa negra, unos tejanos blancos, y unos Tod's. Bebe pastís y gin-lemon. Come patatas fritas y tortillas. Escucha un solo disco: *La sonata a Kreutzer* por Arthur Rubinstein. Ayer incluso lo habrías visto aplaudiendo un gol francés en el partido Francia-España, lo cual resulta de mal gusto pero valiente cuando uno es el único francés en un bar, en España, en un puerto. Si te cruzas con ese tío, sin duda pensarás: «¿Pero qué coño hace este parisino de mierda en la fonda fuera de temporada?» Eso me duele un poco, ya que el tío en cuestión resulta que soy yo. Así que, punto en boca, gracias. Soy el ermitaño que le sonrío al viento tibio.

Dentro de una semana hará tres años que vivo con Alice.

2. DÍA J-6

Bueno, vale, cuando Alice abandonó a Antoine, y cuando nos fuimos a vivir juntos a la rue Mazarine (la calle en la que Antoine Blondin murió), no os negaré que a veces sufría crisis de angustia. La felicidad es mucho más espantosa que la infelicidad. Haber logrado lo que más deseaba en este mundo me colmó de alegría, y, al mismo tiempo, me hundió en un mar de dudas. ¿Volvería a cometer los mismos errores? ¿Acaso sólo era un romántico cíclico? Ahora que ella estaba conmigo, ¿la deseaba realmente? ¿Me volvería demasiado tierno? ¿Llegaría a aburrirme con ella? ¿Cuándo iba a dejar de comerme el coco de una vez por todas, joder?

Antoine quería matarme, matarla, matarse. Nuestra pareja se levantaba sobre las cenizas de un doble divorcio, como si fuera necesario encarnizarse en dos sacrificios humanos para construir un nuevo amor. Schumpeter lo llamaba la «destrucción creadora», pero Schumpeter era economista, y los economistas raramente son sentimentales. Destruimos dos matrimonios para permanecer juntos, igual que el virus informático absorbe la energía de sus víctimas para poder crecer. La felicidad es algo tan monstruoso que, si no te mata, exigiré que por lo menos cometas algunos asesinatos.

Jean-Georges se ha reunido conmigo en Formentera. Juntos, arreglamos el mundo y visitamos a los peces debajo del mar. Está escribiendo una obra de teatro, así que bebe tanto como yo.

Poema para leer en estado de embriaguez:

*En Formentera
fermentarás.*

Nos cruzamos con viejas parejas de hippies colgados, que siguen juntos, aquí, desde los años sesenta. ¿Cómo consiguen aguantar tanto tiempo? Me conmueven. Les compro hierba. Con Jean-Georges, empinamos el codo mientras jugamos al billar. Me cuenta sus amores. Acaba de conocer a la mujer de su vida, es feliz, por primera vez.

—Amar: no vivimos para nada más —dice.

—¿Y tener hijos?

—¡Ni hablar! ¿Dar a luz a alguien en semejante mundo? ¡Criminal! ¡Egoísta! ¡Narcisista!

—Yo, a las mujeres, les hago algo mejor que un hijo: les hago un libro —proclamo, levantando el dedo.

Miramos de reojo a la camarera. Está para comérsela, lleva un bolero, su piel mate es ligeramente vellosa, grandes ojos oscuros, cuerpo arqueado, salvaje como una squaw.

—Se parece a Alice —digo—. Si me acostara con ella, sería como serle fiel.
Alice se ha quedado en París, y se reunirá con nosotros dentro de una semana.
Dentro de seis días hará tres años que vivo con ella.

DIA J-5

La camarera de escote dorsal se llama Matilda. Está bueeena. Jean-Georges le ha cantado la canción de Harry Belafonte: *Matilda she take me money and run Venezuela*.

Creo que podría enamorarme de ella si no echara tanto de menos a Alice. En el bar Ses Roques, la invitamos a bailar. Daba palmadas con sus manos mates, ondulaba las caderas, su melena daba vueltas. Tenía pelos en las axilas. Jean Georges le preguntó:

—Disculpe, señorita, estamos buscando un lugar para dormir. ¿No tendría sitio en su casa, por favor?

Llevaba una fina cadena de oro alrededor de la cintura y otra alrededor del tobillo. Por desgracia, Matilde no cogió nuestro dinero ni se marchó a Venezuela. Se limitó a liar unos porros con nosotros, hasta que nos quedamos dormidos bajo las estrellas. Sus dedos eran largos y ágiles. Lamía el papel de fumar con aplicación. Creo que todos estábamos bastante turbados, incluso ella.

De regreso a la Casa, hechos polvo, Matilda me agarró la polla con el cuerpo. Tenía un coño gigante pero musculoso que olía a vacaciones. Su peloapestaba a sinsemilla. Gritaba tan fuerte que Jean-Georges tuvo que llenarle la boca para hacerla callar: luego intercambiamos las posturas antes de eyacular a coro sobre sus grandes y firmes senos. Justo después de correrme, me desperté entre sudores, muerto de sed. Un auténtico ermitaño no debería abusar de estas plantas exóticas.

Dentro de cinco días hará tres años que vivo con Alice.

DIA J-4

El hombre solo tiende a la prehistoria: al cabo de unos días deja de afeitarse, de lavarse, emite gruñidos. Para llevar al ser humano hacia la civilización, fueron necesarios millones de años, mientras que el regreso al Neandertal cuesta menos de una semana. Mis andares son cada vez más simiescos. Me rasco los testículos, me sorbo los mocos, me desplazo a base de pequeños saltos. A la hora de comer, me abalanzo sobre la comida y la devoro con los dedos, mezclando el salchichón con los chicles, las patatas fritas con el queso y el chocolate con leche, la Coca-Cola con el vino. Luego eructo, me tiro pedos y ronco. Aquí tenéis a un joven escritor francés de vanguardia.

Alice desembarcó por sorpresa. Me tapó los ojos con las manos, en el mercado de la Mola, tres días antes de la fecha prevista para su llegada.

—¿Quién soy?

—No sé. ¿Matilda?

—¡Cabrón!

—¡Alice!

Nos fundimos en un abrazo.

—¡Esto sí que es una sorpresa!

¿Estaba obligado a decir eso?

—Confiesa que no te lo esperabas. Por cierto, ¿quién es la tal Matilda?

—Oh, nadie... Una chica de aquí que Jean-Georges se ligó anoche.

Si esto no es felicidad, en cualquier caso se le parece bastante: comiscamos jamón serrano en la playa, el agua está tibia, Alice está bronceada, y eso hace que sus ojos sean verdes. Por la tarde dormimos la siesta. Lamo la sal del mar sobre su espalda. Mientras hacemos el amor, Alice me enumera la lista de chicos que le han suplicado que me abandonara en París. Le cuento con todo detalle mi sueño erótico de la víspera. ¿Por qué todas las mujeres que amo tienen los pies tan fríos?

Jean-Georges y Matilda se unen a nosotros para cenar. Parecen muy prendados el uno del otro. Han descubierto que ambos han perdido a su padre este año.

—En mi caso no es grave porque soy una chica —dice Matilda.

—Odio a las mujeres enamoradas de su padre, sobre todo cuando está muerto —dice Jean-Georges.

—Las mujeres que nunca han estado enamoradas de su padre son frías o lesbianas —preciso.

Alice y Matilda bailan juntas, parecen dos hermanas un poco incestuosas. Nos pegamos a ellas. Estamos bien, la cosa podría haber degenerado, nos separamos lamentándolo, pero nos reencontramos en nuestras habitaciones.

Antes de dormirme, cometo por fin un acto revolucionario: me quito el reloj. Para

que el amor dure para siempre, basta vivir fuera del tiempo. Es el mundo moderno el que mata el amor. ¿Y si nos instaláramos aquí? Aquí todo es barato. Mandaría por fax mis papeles a París, pediría anticipos a diversos editores, de vez en cuando mandaría una campaña de publicidad por DHL...

Y nos aburriríamos mortalmente.

Maldita sea, la angustia ha vuelto. Siento cómo se acerca el peligro. Estoy hasta las narices de ser yo. Me gustaría que alguien me dijera qué es lo que deseo. Es cierto que, de vez en cuando, nuestra pasión se convierte en ternura. ¿Acaso la maquinación ha vuelto a ponerse en marcha? Hay que empujar las endorfinas. La quiero y sin embargo me asusta que nos aburramos. A veces, jugamos a ser aburridos expresamente. Me dice:

—Bueno... Me voy a comprar... Hasta luego.

Le respondo:

—Y luego iremos a dar un paseo...

—A recoger un poco de romero...

—Comer en la playa...

—Comprar los periódicos...

—No hacer nada...

—O suicidarnos...

—La muerte más bonita en Formentera es caerse de la bicicleta, como la cantante Nico.

Pienso que si bromeamos sobre esta cuestión, significa que no es tan grave.

El suspense aumenta. Dentro de cuatro días hará tres años que vivo con Alice.

DIA J-3

Con Alice, hacíamos el amor cada vez menos pero cada vez mejor. Acaricio sus centímetros cuadrados favoritos. Cierra mis ojos. Antes se corría una vez de cada dos, ahora se corre una vez de cada una. Me deja escribir toda la tarde. Mientras trabajo, ella se dora al sol en la playa. Hacia las seis de la tarde, regresa y le preparo una sangría bien fría. Y compruebo su bronceado integral. Exprimo sus pomelos. Ella me la chupa, yo la enculo. Luego, lee todo esto por encima de mi hombro y me pide que quite «la enculo». Acepto, escribo «la tomo por detrás», y cuando se aleja, pulso la tecla Sup de mi Macintosh. Éste es el precio de la literatura, la Historia de las Letras sólo es una larga letanía de traiciones, espero que me perdone.

Me niego a terminar *Suave es la noche*; tengo un siniestro presentimiento: en mi opinión, las cosas van de mal en peor entre Dick Diver y Nicole. Escucho *La sonata a Kreutzer* pensando en la novela epónima de Tolstói. La historia de un hombre engañado que mata a su mujer. El violín y el piano de Beethoven le han inspirado la pareja. Escucho cómo se vuelven a encontrar, a interrumpirse, a volar, a abandonarse, a reconciliarse, a enfadarse y, finalmente, a unirse en el crescendo final. Es la música de la vida en pareja. El violín y el piano son incapaces de tocar solos...

Si nuestra historia termina en seco, me sentiré hastiado de todo. Nunca podré dar tanto a nadie más. ¿Acabará mi vida follando con putas de lujo y vídeos?

Tiene que funcionar.

Tenemos que superar el cabo de los tres años. Cambio de opinión cada segundo.

Quizás sería mejor que viviéramos separados. La vida en pareja desgasta demasiado.

No tengo tabúes: el intercambio no me choca. Después de todo, puestos a ser cornudos, mejor organizado uno mismo. La libre unión, ésa es la solución: un adulterio bajo control.

No. Lo sé: tenemos que tener un hijo, ¡rápido!

Me doy miedo a mí mismo. La cuenta atrás desgrana sus días de Damocles. Dentro de tres días hará tres años que vivo con Alice.

DIA J-2

El error está en desear una vida inmóvil. Deseamos que el tiempo se detenga, que el amor sea eterno, que nada muera jamás, para acomodarnos a una perpetua infancia mimada. Levantamos muros para protegernos, pero son esos mismos muros los que un día se convierten en cárcel.

Ahora que vivo con Alice, ya no construyo lugares donde recluirnos. Vivo cada segundo como si fuera un regalo. Descubro que se puede sentir nostalgia del presente. A veces vivo momentos tan maravillosos que pienso: «Mira, seguro que lo echaré de menos más adelante: es necesario no olvidar nunca este instante, para poder pensar en él cuando todo vaya mal.» Descubro que, para seguir enamorado, cada uno debe tener una parte inasequible. Hay que rechazar lo tópico, lo cual no significa inventarse sobresaltos artificiales y estúpidos, sino saber sorprenderse ante el milagro de cada día. Ser generoso es sencillo. Uno está enamorado el día en el que pone dentífrico sobre un cepillo de dientes que no es el suyo.

Sobre todo, he aprendido que, para ser feliz, hay que haber sido infeliz. Sin el aprendizaje del dolor, la felicidad no es sólida. El amor que dura tres años es el que no ha superado montañas o frecuentado los bajos fondos, el que ha sido servido en bandeja. El amor sólo dura si ambos saben lo que cuesta, y vale más pagar por anticipado, si no te arriesgas a tener que pagar la cuenta a posteriori. No hemos sido preparados para la felicidad porque no estamos preparados para el dolor. Hemos crecido en la religión de la comodidad. Tenemos que saber quiénes somos y a quién amamos. Tenemos que estar agotados para vivir una historia inagotable.

Espero que el engañoso título de este libro no os haya exasperado demasiado: claro que el amor no dura tres años: estoy contento de haberme equivocado. Que este libro esté publicado por Grasset no significa que diga la verdad.

No sé lo que me reserva el pasado (como diría Sagan), pero sigo avanzando, en el maravillado terror, porque no tengo otra elección, avanzo, menos despreocupado que otras veces, pero avanzo de todos modos, avanzo a pesar de todo, avanzo y os juro que resulta hermoso.

Hacemos el amor en el agua translúcida de una calita desierta. Bailamos bajo las verandas. Flirteamos al borde de una callejuela mal iluminada bebiendo Marqués de Cáceres. Comemos sin cesar. Es la vida de verdad, por fin. Cuando le pedí que se casara conmigo, Alice tuvo esa respuesta llena de ternura, de romanticismo, de elegancia, de belleza, de suavidad y de poesía:

—No.

Pasado mañana hará tres años que vivo con ella.

DIA J-1

El sol es ineluctable. Quizás no se note, pero he tardado horas en encontrar esa frase. Los pájaros pían, es así como me doy cuenta de que ya es de día. Incluso los pájaros están enamorados. Es el verano en el que las Fugees volvieron a grabar *Killing me softly with his song* de Roberta Flack y sé que lo recordaré.

—¿Sabes que mañana es el aniversario de nuestros tres años juntos, Marc?

—¡Shhht! ¡Cállate! No nos importa, ¡no queremos saberlo!

—A mí me parece mono, yo no veo por qué tú tienes que ser desagradable.

—No soy desagradable, simplemente tengo que trabajar.

—¿Quieres que te diga algo? Eres un egoísta pretencioso, te interesas tanto a ti mismo que resulta repugnante.

—Para poder amar a alguien, antes hay que amarse a uno mismo.

—¡Tu problema es que te quieres tanto a ti mismo que no hay sitio para nadie más!

Ella se ha marchado a lomos de mi scooter, levantando tras de sí un mágico rastro de polvo sobre el camino pedregoso. No he intentado seguirla. Unas horas más tarde, ha regresado y le he pedido perdón besándole los pies. Le he prometido que para celebrar nuestro aniversario haríamos una barbacoa a solas. Las flores del jardín estaban amarillas y rojas. Le he preguntado:

—¿Cuándo me dejarás?

—Dentro de diez kilos.

—¡Eh! ¿Qué culpa tengo yo de que la felicidad engorde?

En ese mismo instante, en París, un artista llamado Bruno Richard escribe en su *Diario* la siguiente frase: «La felicidad es el silencio del dolor.» Después de eso, puede morirse tranquilo.

Mañana hará tres años que vivo con Alice.

DIA J

El último día del verano ha llegado. El fin del mundo empieza a notarse en las playas de Formentera. Matilda se ha ido sin dejar su dirección. El viento se escurre entre las tapias de piedras, y bajo los pies. El cielo es inexorable. En las Baleares, los dominios del silencio se hacen cada vez más grandes.

Epicuro preconiza concentrarse en el presente, en la plenitud del simple placer. ¿Es preferible el placer a la felicidad? Más que plantearse la pregunta sobre lo que dura el amor, ¿acaso aprovechar el instante es el mejor modo de prolongarlo? Seremos amigos. Amigos que se cogen de la mano, que toman el sol morreándose, que se interpenetran con delicadeza contra la pared de una casa de campo escuchando a Al Green, pero amigos al fin y al cabo.

Una jornada espléndida bendijo nuestro aniversario. En la playa nadamos, dormimos, felices en un Mundo Feliz. El camarero italiano del pequeño chiringuito me reconoció:

—Hello, my friend. ¡Marc Marronnier!

Le respondí:

—Marc Marronnier ha muerto. Yo lo he matado. A partir de ahora soy el único que está aquí y me llamo Frédéric Beigbeder.

No oyó nada a causa de la estridencia de la música. Compartimos un melón helado. Volví a ponerme el reloj. Por fin me había convertido en mí mismo, reconciliado con la Tierra y el tiempo.

Y llegó la noche. Después de dar un rodeo y de pasar por Anselmo para beber un gin-Kas escuchando el chapoteo de las olas contra el pontón, regresamos a casa.

Las velas y las estrellas iluminaban la noche. Alice preparó una ensalada de aguacate con tomate. Encendí un bastoncillo de incienso. Entre interferencias, la radio emitía un viejo disco de flamenco. Las costillas de cordero se chamuscaban en la barbacoa. Las lagartijas se escondían entre los azulejos. De repente, los grillos se callaron. Se sentó cerca de mí sonriendo de emoción. Nos tomamos dos botellas de rosado cada uno. ¡Tres años! ¡La cuenta atrás había terminado! Lo que yo no sabía es que una cuenta atrás es un comienzo. Al final de la cuenta atrás, el cohete despega. ¡Aleluya! ¡Alegría! ¡Maravilla! ¡Y pensar que me angustiaba como un imbécil!

Lo más fantástico de la vida es que continúa. Nos besamos lentamente, cogidos de la mano bajo la luna de color naranja, escuchando el porvenir.

Miré mi reloj: eran las 23 horas, 59 minutos.

Verbier-Formentera, 1994-1997